

LUZ EN LA SOMBRA,

DRAMA ORIGINAL

de costumbres, en cuatro actos y un prólogo,

SU AUTOR

DON JOSE MARIA DIAZ.

MADRID.
IMPRENTA DE EL CLAMOR PUBLICO,
á cargo
DE D. DIEGO NAVARRO Y FERNANDEZ,
calle del Principe, 14, *bajo*.

1861.

LUZ EN LA SOMBRA,

DRAMA

original, de costumbres, en prosa, en cuatro actos y un prólogo.

LUZ
EN LA SOMBRA,

DRAMA ORIGINAL

de costumbres, en cuatro actos y un prólogo,

SU AUTOR

DON JOSE MARIA DIAZ.

MADRID.
IMPRENTA DE EL CLAMOR PUBLICO,
á cargo
DE D. DIEGO NAVARRO Y FERNANDEZ,
calle del Principe, 14, *bajo.*

1861.

AL SEÑOR DON JOSE MARIA PAULIN,

capitan de Artillería.

La amistad y el cariño,

JOSE MARIA DIAZ.

Al frente de esta edicion debió aparecer la siguiente advertencia:

«Prohibida la representacion de este drama por el censor de teatros, habia resuelto no imprimirle, ínterin rigiese los destinos de nuestro pais esa especie de oligarquía militar que ha fundado su dominacion absoluta en la esclavitud de los derechos populares.

Un suceso imprevisto me obliga á quebrantar mi propósito.

Me han dicho, que se ha prohibido recientemente por el mismo tribunal, otra produccion dramática, tan parecida á *Luz en la sombra*, que no hay mas que pedir. De eso se habla y eso se comenta en los círculos literarios. Parece tambien que el *Sr. Ferrer del Rio* lo ha consignado así clara y terminantemente en su dictámen escrito, dando con esto una prueba de buen sentido y de lealtad, que el autor aplaude y el hombre le agradece.

Si el hecho es cierto, el hecho no necesita comentarios: se dá principio con él á una era de asquerosa inmoralidad en la república de las letras, &c.»

Posteriormente he tenido ocasion, porque su autor me la ha proporcionado, de leer ese drama, que era, segun se me habia dicho, tan parecido á *Luz en la sombra*, que no habia mas que pedir.

Los dos dramas, partiendo de un pensamiento algo homogéneo, son completamente distintos en su plan, caractéres, desarrollo, situaciones y objeto moral, resultando por consiguiente dos obras originales que nada se deben recíprocamente.

Si el hecho es cierto, decia yo, se dá *principio con él á una era de asquerosa inmoralidad en la república de las letras.*

El hecho por fortuna, para el decoro de la literatura, no es exacto y no tienen aplicacion las apreciaciones que hice de una hipótesis que no se ha visto realizada.

Una amistad estrecha me unió al padre del autor á quien aludia; he tenido á este sobre mis rodillas en su infancia; han perdido lastimosamente el tiempo los que, con no sana intencion sin duda, procuraban sembrar la discordia, para romper lazos que recuerdos tan dulces santifican.

Madrid 26 de Febrero de 1861.

J. M. Diaz.

PERSONAJES.

BLANCA.
CLEMENTINA.
GERTRUDIS.
LUISA.
ROBERTO.
EL MEDICO.
UN LACAYO.

La escena en Madrid : año de 185......

LUZ EN LA SOMBRA.

PROLOGO.

A la izquierda del espectador, la habitacion de Blanca; no hay en ella mas que un taburete, una mesa de pino y un belon encendido. La estampa de la Vírgen de los Dolores clavada en la pared : puerta en el fondo y una lateral á la izquierda. A la derecha del espectador la habitacion de Clementina: gabinete lujosamente amueblado ; velador con recado de escribir ; lámpara encendida ó candelabros, puerta en el fondo y otra lateral á la derecha. Una calle estrecha separa las dos casas.

ESCENA I.

GERTRUDIS *y el* MEDICO *en la habitacion de* BLANCA.— CLEMENTINA *en su gabinete.*

GERTRUDIS.

Entre V., señor Doctor; llega V. á tiempo.

(El Médico desaparece por la habitacion de la izquierda.)

CLEMENTINA.

¿Qué va á ser de mí? La muerte del Conde es la desgracia de mi vida. Mis lágrimas y mis ruegos han sido inútiles. ¡Infame baron de Peñalcazar! Ha querido vengarse y ha hecho público lo que debia ocultar siempre en el fondo de su corazon.

GERTRUDIS.

¡Pobres gentes! ¡Yo las socorro en lo que puedo! ¡Desgraciadamente puedo poco! ¡La Señorita Blanca! ¡Qué buena es! ¡Sin embargo, no es posible, que solo con el trabajo de sus manos atienda á tantas obligaciones, como sobre ella pesan!

Un enfermo, para una familia sin recursos, es la mayor de las calamidades.

CLEMENTINA.

¿Tengo yo la culpa de que la insustancialidad de su carácter y su ridícula presuncion hayan desvanecido al cabo todas mis ilusiones? ¿Tengo yo la culpa de que Roberto...? ¡Su generosidad, su valor, su ingenio, su elegante apostura...! ¡Roberto! Roberto! (*con pasion.*)

ESCENA II.

EL MEDICO.—GERTRUDIS.—CLEMENTINA.

GERTRUDIS.

¿Cómo sigue?

MEDICO.

Mal; ¿y Blanca?

GERTRUDIS.

Ha salido. No tardará en venir.

MEDICO.

Dígala V., que necesito hablar con ella y que volveré luego.

GERTRUDIS.

Está bien. (*Vase el Doctor por la puerta del foro y Gertrudis por la puerta de la izquierda.*)

CLEMENTINA.

¿Qué habrá sucedido? ¡La incertidumbre es un tormento horrible! Luisa, Luisa....

ESCENA III.

CLEMENTINA.—LUISA.

LUISA.

Señora.

CLEMENTINA.

¿Ha vuelto el Conde?

LUISA.

No, Señora.

CLEMENTINA.

¿Qué hora es?

LUISA.

Las siete. El señor Conde ha dicho que no se le espere á comer.

CLEMENTINA.

Lo sabia. Lleva á mi tocador una taza de te.

LUISA.

¿Recibe S. E. esta noche?

CLEMENTINA.

Sí.

ESCENA IV.

GERTRUDIS.—BLANCA, *por la puerta del foro.*—GERTRUDIS, *por la izquierda.*

BLANCA.

Dios te guarde, Gertrudis.

GERTRUDIS.

Ola, Señorita. ¿Ha encontrado V. al médico en la escalera?

BLANCA.

No.

GERTRUDIS.

Pues me ha dicho, que tiene precision de hablar con V.

BLANCA.

¿Volverá?

GERTRUDIS.

Sí, señora.

BLANCA.

¿Y mi padre?

GERTRUDIS.

En el mismo estado.

BLANCA.

¿Ha preguntado por mí?

GERTRUDIS.

No se le cae de la boca el nombre de su hija.

BLANCA.

¡Padre de mi vida! (*Entra en el cuarto de su padre.*)

GERTRUDIS.

¡Pobrecilla! ¡Se priva muchas veces hasta del necesario sustento, para que no le falte nada á su padre! ¡Pícaras enfermedades! ¡Algunas de ellas debieran ser esclusivo patrimonio de los ricos! Los pobres harto tenemos con el trabajo y la miseria.

ESCENA V.

BLANCA.—GERTRUDIS.

BLANCA.

¡Dios mio! ¡Dios mio! Se muere sin remedio! Su debilidad va en aumento. ¿Qué hacer? ¿A dónde acudir? Veré por última vez á Roberto; le pediré un pedazo de pan para mi padre. Sí; debo hacerlo y lo haré. Si no está en casa le dejaré dicho que venga. ¿Vendrá? Dios lo quiera. ¡Acaso se conmueva su corazon á la vista de tanta miseria! Gertrudis, mi buena Gertrudis, si viene el médico, díle que me espere.

GERTRUDIS.

Está bien, Señorita; vaya V. descuidada: yo haré compañia al enfermo.

ESCENA VI.

CLEMENTINA.—LUISA.—*Poco despues un* CRIADO.

CLEMENTINA.

Luisa, Luisa...

LUISA.

¿Qué manda S. E.?

CLEMENTINA.

¿No ha parado un coche á la puerta?

LUISA.

Creo que sí.

EL CRIADO.

El señor de Moncada.

CLEMENTINA.

¡Roberto! ¡Gracias á Dios!

ESCENA VII.

CLEMENTINA.—ROBERTO.

CLEMENTINA.

Y bien.

ROBERTO.

El baron de Peñalcazar ha muerto en el duelo.

CLEMENTINA.

¡Jesus!

ROBERTO.

Clementina, enjugue V. esas lágrimas. La verdadera cau-

sa de este desafio es un secreto para todos, menos para mí; hasta su marido de V. el conde de Hontalvilla, cree haberse dejado arrastrar en esta ocasion, por sospechas ridículas y equivocadas interpretaciones. Gracias al Baron, en sus últimos momentos, y á mí que he esplicado al Conde sus palabras, la elegante condesa de Hontalvilla no tendrá que ruborizarse, cuando la sociedad se entretenga en referir y comentar los pormenores de este lance.

CLEMENTINA.

Doy á V. gracias, Roberto...

ROBERTO.

¿De qué? He acompañado al Conde en hora tan solemne y lo mismo hubiera hecho con cualquier otro. He procurado que su nombre de V. no sea mañana objeto de escándalo y de burla, y en esto, Clementina, he cedido á consideraciones, que nadie mejor que V. conoce (*con intencion.*).

CLEMENTINA.

Nunca agradeceré bastante...

ROBERTO.

La gratitud, como sentimiento, Clementina, no satisface. Es una flor que seca el aliento de la sociedad en que vivimos y que se desprende con el tiempo del corazon, árbol de que brota en un momento de irreflexion.

CLEMENTINA.

¿Qué exije V. de mí?

ROBERTO.

¿Exigir? nada. La ocasion no es la mas oportuna; pero, como he resuelto abandonar mañana mismo á Madrid....

CLEMENTINA.

¿Qué dice V.?

ROBERTO.

La verdad; y será muy difícil que cambie de propósito.

CLEMENTINA.

¡Nunca hubiera creido!... Roberto, ese viage que V. me anuncia con tanta indiferencia...

ROBERTO.

Es el resultado, sin embargo, de maduras reflexiones. ¡Qué quiere V., Condesa! ¡No soy feliz! Poco á poco se van disipando todas mis ilusiones, se van consumiendo todas mis esperanzas. Es cierto que las riquezas me sobran; pero las riquezas que proporcionan bienestar al cuerpo, no dan tranquilidad al espíritu, ni felicidad al corazon, cuando este no la encuentra allí donde la busca.

CLEMENTINA.

¿Lo dice V. de veras, Roberto? ¿No ha sospechado V. al pronunciar esas palabras, que vendrian todas ellas á caer como plomo derretido sobre mi corazon?

ROBERTO.

El temor de que eso sea verdad, me obliga á descubrir á V. hasta los mas íntimos secretos del mio. Clementina, ví á V. por la primera vez hace dos meses y juro á fé de caballero, que no llamó mi atencion esa belleza que en V. admiran la juventud turbulenta y la vejez prematura. Eso se queda para aquellos que buscan celebridad en el escándalo, lisonja, casi siempre funesta, que su vanidad impertinente quiere conquistar á cualquier precio.

CLEMENTINA.

Prosiga V., Roberto; esta esplicacion es mas importante de lo que V. se imagina...

ROBERTO.

Porque yo tambien lo creo asi, la he provocado á riesgo de parecer inoportuno. Clementina, para detener á mi corazon en el vuelo que ha emprendido, para volver á mi corazon sus ilusiones y al alma sus creencias, mas que de una Venus del Ticiano, necesitaba yo de una (*con calor*) inteligencia privilegiada, de una organizacion vigorosa y de una voluntad de hierro.

CLEMENTINA.

Prosiga V., Roberto.

ROBERTO.

Clementina, hay aqui un sentimiento nacido entre los juegos de la infancia (*con pasion*) y tan hondamente arraigado, que se ha hecho ya la necesidad y el tormento de mi vida, La esperanza le convirtió mas tarde en una especie de superstición religiosa; pero á medida que el veneno del desengaño vá matando esa esperanza, siento que dentro de mi alma se marchita el lirio misterioso de mis creencias. Y me he consagrado á V., Clementina, porque he creido que en V. reside esa inteligencia privilegiada, que puede comprender la situacion de mi espíritu, vacilante entre la duda que hastía y la fé que vivifica, esa organizacion vigorosa que haga frente al esclusivismo de un sentimiento inveterado, esa voluntad de hierro, en fin, que luche hasta arrancar la última y mas profunda de sus raices.

CLEMENTINA.

¡Cuánta desesperacion y cuánta amargura encierran esas palabras! ¡Roberto! ¡Suspenda V. ese viage...! ¡Quién sabe, (*con intencion*) si brilla ya para V. esa inteligencia que busca; si en este momento mismo rompe (*con pasion*) las trabas, á que está sujeta esa voluntad de hierro...!

ROBERTO.

Clementina, no olvide V. que en esa lucha terrible, compromete V. su porvenir, la tranquilidad de toda su vida; que en mas de una ocasion, herida en su vanidad, ha de maldecir V. hasta la hora en que nació; que no es suficiente decir—yo quiero—para llevar adelante.

ESCENA VIII.

ROBERTO.—CLEMENTINA.—LUISA.

LUISA.

El señor Conde está en su habitacion, ha preguntado por V. E.

ROBERTO.

Clementina... (*Tomando el sombrero y saludándola.*)

CLEMENTINA.

¿No entra V. á verle?

ROBERTO.

Me he separado de él hace dos horas.

CLEMENTINA.

Hasta mañana.

ROBERTO.

No nos volveremos á ver.

CLEMENTINA.

Sí. (*Con energia; dándole la mano.*)

ROBERTO.

Condesa... (*Saludando: la besa la mano.*)

ESCENA IX.

CLEMENTINA.—LUISA.

CLEMENTINA.

Luisa, el mas elegante de mis trajes y el mas rico de mis aderezos; mi coche dentro de media hora.

ESCENA X.

BLANCA.— *El* MEDICO, *por la puerta del fondo.*

EL MEDICO.

Blanca, me duele en el alma el paso que voy á dar; pero el estado del enfermo me obliga á decir á V. francamente mi opinion.

BLANCA.

Hable V.

EL MEDICO.

No llore V., Blanca : el caso no es desesperado, aunque su remedio, en la situacion en que V. se halla, es punto menos que imposible. El clima de Madrid, sobre ser áspero y desabrido, casi siempre es desigual. Solo bajo un clima mas benigno, á fuerza de solicitud y de esmero y merced á una metódica y sana alimentacion, podrá su padre de V. recobrar el vigor y la energia que le faltan, para combatir los progresos de una enfermedad ya crónica y de carácter maligno. La ciencia ha agotado sus recursos : busquemos, pues, en la naturaleza y en la bondad de Dios, que es infinita, lo que la ciencia no tiene.

BLANCA.

¿Y en qué punto fijaria mi padre su residencia con mas probabilidades de curacion?

EL MEDICO.

En alguna de las provincias del Mediodia.

BLANCA.

Desígneme V. próximamente el dia en que deba emprender su viaje.

EL MEDICO.

Cuanto antes, mejor; mañana mismo, si eso fuera posible.

BLANCA.

¡Mañana!

EL MEDICO.

Blanca, conozco demasiado la deplorable situacion de V...

BLANCA.

Doy á V. las gracias, amigo mio, por el esmero con que le ha asistido. Mañana mismo saldrá para Andalucia.

EL MEDICO.

¿Mañana?

BLANCA.

Mañana; como que no retrocederé ante ningun sacrificio, por doloroso que me sea.

EL MEDICO.

¡Blanca!

BLANCA.

Buenas noches.

ESCENA XI.

BLANCA.

Sí, lo he resuelto : saldrá mañana mismo para Andalucia. Roberto vendrá: lo presiento y mi corazon no me ha engañado nunca. Llegó la hora de humillarme á èl, y lo haré! ¡La vida de mi padre antes que todo! ¡La miseria aniquila el cuerpo y enerva el espiritu! ¡Cómo ha de ser! ¡No creí verme en ningun tiempo precisada!.. He vivido con el trabajo de mis manos; he pedido limosna! ¡Paciencia! ¡Dios lo ha querido! ¡Cúmplase su voluntad! ¿Quién...? Roberto...

ESCENA XII.

ROBERTO.—BLANCA.

ROBERTO.

El portero me ha entregado esta carta. ¿Es tuya?

BLANCA.

Sí.

ROBERTO.

¿Y qué es lo que de mí quieres?

BLANCA

Mira.

ROBERTO.

Ya veo: la miseria en toda su repugnante desnudez. (*Pausa.*)

BLANCA.

¿Y es eso todo lo que me dices, Roberto?

ROBERTO.

Juntos hemos pasado los primeros años de nuestra niñez, y juntos nos hubieran encontrado los de la juventud, á no haber cortado lazo tan estrecho las disensiones de nuestras familias.

BLANCA.

Lo sé, Roberto.

ROBERTO.

Te queria mucho, cuando era niño; te quise mas cuando llegué á ser hombre, y te quiero aun, Blanca, con toda la reconcentrada violencia de un amor sin esperanza.

BLANCA.

Lo sé, Roberto.

ROBERTO.

Esta pasion, que raya en delirio, solo te ha merecido el hielo de la indiferencia y la repugnancia del ódio.

BLANCA.

Es verdad.

ROBERTO.

Pues, si tu padre, Blanca, ofendió al mio en el sagrado de su honra; si mi cariño no ha encontrado en tí, ni la correspondencia que embelesa, ni la esperanza que anima, ¿qué es lo que de mí quieres?

BLANCA.

Roberto, eres millonario; mi padre yace medio cadáver

sobre un jergon: arrójame, pues, como limosna, unas cuantas monedas de las muchas, que te sobran. ¡Con ellas acaso....!

ROBERTO.

¡Júrame, Blanca, por la gloria de tu madre, por la salvacion de tu alma, responder la verdad á lo que yo te preguntáre!

BLANCA.

¡Te lo juro! ¡Te lo juro tambien, por la vida de mi padre!

ROBERTO.

¿Me quieres, Blanca?

BLANCA.

Desde esta noche seré tu esclava; te serviré de rodillas.

ROBERTO.

¿Me quieres, Blanca?

BLANCA.

Si tu pensamiento es otro, ahogando en mi pecho el instinto de repulsion que hácia tí siento, consagraré mi vida toda á labrar tu felicidad y no faltaré nunca al juramento que pronuncié al pié de los altares.

ROBERTO.

¿Me quieres, Blanca?

BLANCA.

No.

ROBERTO.

¿Me amarás algun dia?

BLANCA.

¿Quién puede responder hoy de lo que hará mañana?

ROBERTO.

¿Me amarás algun dia?

BLANCA.

No lo sé.

ROBERTO.

La verdad.

BLANCA.

Pues bien, creo que no.

ROBERTO.

Adios.

BLANCA.

Roberto, mas de una vez me has llevado en tus brazos y me has mecido en la cuna; al lado tuyo recibí mi primera comunion....

ROBERTO.

Es cierto.

BLANCA.

Con las lágrimas en los ojos y la desesperacion en el alma, te pido una limosna! (*Arrodillándose.*)

ROBERTO.

Blanca, no se rasga impunemente (*con frialdad*) el corazon de un hombre, cuyo carácter es altivo y rencoroso. Aquella pasion de que no se hace mérito, se convierte siempre en amor propio ofendido y se esconde tras el velo de una desdeñosa compasion, ó agita la tea de la venganza. Has pisoteado, Blanca, una por una todas las sonrisas de mi niñez; me has arrancado del corazon todos los sueños de la juventud. Ahora me toca á mi hacerte sentir todo el peso de tu desgraciada condicion. La salud de tu padre... su salvacion acaso, está en mis manos...! ¡Mañana abandono á Madrid..! Yo he menester que la mirada de tus ojos no se atreva á sostener la mirada de los mios. (*En voz muy baja.*) Blanca... ¡Honra por vida! Adios.

ESCENA XIII.

BLANCA.

¿Qué le he dicho yo á ese hombre, para que así me responda? No he querido engañarle; eso es todo. Aborreciéndole por instinto, como le aborrezco, sacrificaba, en aras de su felicidad, una vida entera de amargura y de lágrimas. ¡Sacrílego es el juramento que se pronuncia al pié del altar, cuando no brota espontáneo del corazon! ¿He hecho mal? ¿He hecho bien?... ¡Honra por vida...! Y eso pasa por honrado en la sociedad de Madrid, que le aplaude por su discrecion y le envidia por sus riquezas! ¡La vida de mi padre...! No. ¡Si se muere por culpa mia...! No, no, no. Otras mejores hijas que yo, en trance tan apretado... Mi sangre está hirviendo... la calentura me abrasa... mi razon se estravia... Todo cabe en el mundo menos el escándalo. ¡Honra por vida! Aunque fuera un secreto para todos, no lo seria nunca para mí... Lo sabria yo y tendria asco de mí misma. Yo puedo, sin embargo, cerrar la losa medio levantada del sepulcro de mi padre... ¡Un sacrificio, como este, pagaria con usura el ser que me ha dado!.... Un sacrificio, como este...

(*Una voz dentro.*) ¡Blanca! ¡Blanca mia!

GERTRUDIS.

Señorita, Señorita, venga V. corriendo. (*Desde la izquierda.*)

BLANCA.

¡Dios mio! ¡Dios mio!

ESCENA XIV.

CLEMENTINA.—LUISA.—(*Aquella lujosamente vestida; se acerca al velador y escribe.*)

CLEMENTINA.

"Roberto, suspenda V. su viaje : se lo ruego á V... se lo „mando. Espero á V. mañana en punto de las tres. Clemen„tina." (*Cierra la carta y se la entrega á Luisa.*)

Que lleven esta carta á donde dice el sobre.

LUISA.

Muy bien, señora.

CLEMENTINA.

Aguardo la contestacion en mi palco del teatro Real.

UN LACAYO.

El coche.

(Clementina se dirige al espejo y se ocupa en dar la última mano á su tocado: esto dura toda la escena de Blanca.)

ESCENA XV.

BLANCA.—CLEMENTINA.

¡Roberto!... ¡Roberto!... Vírgen mia de mi alma, la vida de mi padre! ¡Dia veinte y cuatro de febrero! ¡Roberto! ¡Perdon, Dios mio, perdon! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! (*Cae arrodillada delante de la estampa de la Virgen. Al mismo tiempo Clementina desaparece por la puerta del fondo.*)

LUZ EN LA SOMBRA.

ACTO PRIMERO.

PERSONAJES.

BLANCA.
CLEMENTINA, Condesa de Hontalvilla.
ISABEL.
ROBERTO, Conde de Aleisar.
MANRIQUE DE LARA.
EL GENERAL.
EL DUQUE DE MONSAGRO.
UN MEDICO.
EL MARQUES.
RAMON, ayuda de cámara del General.
UN LACAYO, SEÑORAS Y CABALLEROS.
FULGENCIO, ayuda de cámara de Arturo.

La escena en Madrid.—Año de 1861...

ACTO PRIMERO.

Gabinete amueblado con elegancia : puerta en el fondo que dá á un salon lujosamente adornado: puertas laterales : velador con periódicos : chimenea.

ESCENA PRIMERA.

El GENERAL *leyendo* La Epoca.—ARTURO *y el* DUQUE *de pié, delante de la chimenea.*—BLANCA *y* MANRIQUE, *en un sillon aquella, y este de pié, á su lado.*

MANRIQUE.

Confieso á V., Blanca, que no me dejo arrastrar en esta ocasion por la opinion pública.

BLANCA.

Manrique, se estravia tantas veces la opinion! Como es torrente, se desborda son suma facilidad. ¿Que soy bonita? Convengo en ello. ¿Que soy dichosa? Mentira; y sin embargo, la sociedad no presume, sino que asegura lo contrario.

MANRIQUE.

Jóven y hermosa, casada con un hombre que se mira en V. con el entusiasmo de las primeras ilusiones, recibida en el gran mundo y en él considerada, ¿qué le falta á V. para ser feliz?

ARTURO.

(*Al Duque.*) Eso nunca. ¡Sacrificar mi independencia á una llave de Gentil-hombre...! No haré tal.

DUQUE.

¡Es tan lisongero entrar, cuando á uno se le antoja, en la Cámara de nuestros Reyes!

ARTURO.

¡Y tan honroso legislar en los escaños del Congreso!

DUQUE.

Esclavo siempre de tus ideas desorganizadoras.

ARTURO.

Consecuente en mis principios de progreso.

DUQUE.

¡Ocasion mas oportuna no has de tener en tu vida!

ARTURO.

Moriré abrazado á mi bandera.

BLANCA.

Yo si que envidio á V. la independencia con que vive...

MANRIQUE.

¡Ay Blanca! Esta independencia me dá muy malos ratos.

BLANCA.

No comprendo...

MANRIQUE.

Me esplicaré.

GENERAL.

¡Por Dios, que me vá interesando la historia del periódico!

ARTURO.

¡Bah, bah, bah! ¡Establecer un gobierno constitucional matando los partidos...! Animal de nueva especie, no descrito por Buffon, y que no se aclimatará en ningun pais del mundo.

BLANCA.

¡Dígole á V., Manrique...! ¡Ja, ja, ja! ¡Ocurrencia mas peregrina...!

(Vuelve á reirse: el General suspende su lectura y la observa: Arturo fija tambien su atencion en Blanca.)

MANRIQUE.

Créame V., Blanca; hay hombres que vienen al mundo con la mision de ser príncipes, pero sin elementos para desempeñarla. Yo soy uno de esos hombres.

BLANCA.

Hace dias, que tiene V. particular aficion á los logogrífos.

MANRIQUE.

Logogrífo fuera mi vida, si no la esplicára yo con franqueza, á quien sobre ella me pregunta.

DUQUE.

Me parece que la situacion actual...

ARTURO.

Esfinge política, cuyos enigmas nos esplicará la historia. *(Manrique dirige algunas palabras en voz baja á Blanca: esta prorrumpe en una violenta carcajada: el General, el Duque y Arturo acuden con interés á donde ella está.)*

ARTURO.

¡Blanca mia!

GENERAL.

¿Qué es eso, alma de mi alma?

BLANCA.

Nada, no te asustes, Arturo; tranquilícese V., General: tiene la culpa del accidente el buen humor de Manrique... ya pasó. Prosiga el debate político; vuelva V. á su lectura.

GENERAL.

Sí que volveré, porque me tiene social y filosóficamente entretenido, una historieta que publica el periódico de la tarde.

MANRIQUE.

¿*La Epoca*? (*Arturo y el Duque se vuelven á la chimenea.*)

GENERAL.

El mismo.

ARTURO.

Diario á quien aqueja la intemperancia de los nombres propios.

GENERAL.

Prosigo, pues. (*Vuelve á su lectura.*)

MANRIQUE.

Como he dicho á V. antes, la escasa hacienda que me legaron mis padres, honrados labradores de un pueblo de Castilla, me proporcionaria, á duras penas, con que vivir, apartado del bullicio de la corte. Esto, que seria un bien incalculable para un filósofo, se aviene mal con mis humos aristocráticos y mis instintos de banquero. Blanca, la vida es vida, mientras se desliza el tiempo de su peregrinacion por este valle de lágrimas, al brillante resplandor del lujo que deslumbra, al arrullo blando de la lisonja que adormece y á la sombra misteriosa del placer que deleita los sentidos.

BLANCA.

¿La vida de Sardanápalo?..

MANRIQUE.

Rey de los Asirios, pero que tuvo el mal gusto de morir chamuscado en una hoguera.

BLANCA.

Y la fortuna de que Byron le inmortalizára en sus versos.

MANRIQUE.

Disimule V., Blanca, lo vulgar de la frase; pero perdono el bollo por el coscorron.

BLANCA.

Adelante.

MANRIQUE.

Yo soy asi; quiero vivir como Lúculo en Roma, como Tisafernes en Persia, como Alcibiades en Atenas, dentro por supuesto de las condiciones de una situacion siempre alarmante y poco sólida. Pues bien, Blanca; para satisfacer esta necesidad de mi ser, no me aprovecho, como el senador Romano, de

los despojos de Mitrídates, ni soy como Artajerjes, Rey de los Persas, ni tengo los tesoros del discípulo de Sócrates. Para llevar esta vida, que dá á la imaginacion una idea sucinta de la esplendidez del Sátrapa, de la indolencia del proscrito del Partenon, y (*El General tira de la campanilla.*) de la esquisita gula del protegido de Sila, cuento solo con 30,000 reales de renta, producto de unas pocas tierras de pan llevar. (*Apareciendo un lacayo.*)

GENERAL.

¿Ha llegado mi coche?

LACAYO.

Sí, Señor.

MANRIQUE.

¿Y el mio?

LACAYO.

Ahora mismo.

BLANCA.

¿Coche, tambien? ¡Y treinta mil reales de renta! El milagro de los panes y los peces.

MANRIQUE.

Nada de eso: la fecundidad inagotable de mi ingenio. La teoría del crédito, alma de los Estados, aplicada al individuo: nueva palanca de Arquímedes en la sociedad moderna.

BLANCA.

Esplíquese V., Manrique.

MANRIQUE.

Con mucho gusto, Blanca. Cuando me aqueja la necesidad de dinero, dolencia harto frecuente en mí, me constituyo desde luego en ministro de hacienda de lo que es mio; y como para esto no he menester del consentimiento de las Cámaras, ni de la sancion de la Corona, el nombramiento no ofrece dificultad ninguna. Hecho esto, me consagro en seguida á la aplicacion práctica de aquella teoría.

BLANCA.

Prosiga V.

MANRIQUE.

El usurero es al individuo, lo que al ministro de hacienda el hombre de negocios. De las mútuas esplicaciones de estas dos personalidades, brota, como por encanto, lo que ha dado en llamarse deuda flotante, invencion moderna, que se diferencia de la marea, en que sube siempre y no baja nunca. Consiga V., á fuerza de ingenio, deber mucho y tiene V. asegurado el porvenir de su vida.

BLANCA.

¡Pero eso de pedir prestado!.. El usurero es un ente tan...

MANRIQUE.

Permítame V., Blanca... Pidiendo prestado llegó á ser Julio César el árbitro de los destinos del mundo, y prestando á usura fué Caton el modelo de los buenos ciudadanos de Roma.

GENERAL.

No resisto mas tiempo á la tentacion, y diga cada cual lo que le pareciere.

ARTURO.

¿Qué es ello, tio?

GENERAL.

Oigan ustedes... Habla el corresponsal de *La Epoca*...

DUQUE.

Silencio, pues.

GENERAL (*Leyendo.*)

"*Un suceso inesperado ha puesto en conmocion á la aristocrática sociedad del faubourg Saint-Germain. Si es cierto lo que se cuenta, el lance es sério y dá lugar á detenida y profunda meditacion.*

Hablaremos, pues, del caso con todo el respeto debido á la desgracia y á la inviolabilidad del hogar doméstico."

Aqui el corresponsal entra en largas consideraciones sociales, que he tenido la paciencia de leer, y que omito en obse-

quio á la brevedad. "*El Conde de X. se ha separado repentina y bruscamente de su esposa la Condesa, mujer modesta sin hipocresia, y religiosa sin fanatismo, que era en aquel noble barrio la madre de los pobres. Atribúyese la violenta resolucion del Conde á haber sabido que su esposa, obligada por la miseria en que se encontraba su familia, tuvo relaciones con otro hombre, mucho antes de su matrimonio. Como ustedes supondrán, la prensa se ha apoderado del asunto y dividido en bandos. Hay quien aplaude el proceder del Conde y quien le vitupera. Mi opinion es sobre el asunto en cuestion favorable á la Condesa. Niña y hermosa, se sacrificó por el bienestar de su familia; casada mas tarde con el hombre que acaba de echarla ignominiosamente de su casa, se conquistó el respeto y la estimacion de las gentes por la severidad de sus costumbres. El faubourg Saint-Germain ha cerrado las puertas de sus aristocráticos salones á la que, durante diez años, ha sido su mas precioso ornamento. ¿Ha hecho mal? Yo creo que sí.*"

Y yo tambien.

DUQUE.

Pues yo no. ¿Y tú, Arturo?

ARTURO.

No basta un simple relato... seria necesario estar en mas antecedentes.

GENERAL.

¿Y V., Manrique?

MANRIQUE.

Por costumbre no fijo nunca la atencion en lo que no me importa... Asi que.... me seria muy dificil resolver ese problema social.

GENERAL.

Y tú, Blanca, ¿qué dices? ¿Cuál es tú opinion?

BLANCA.

Yo creo que la sociedad del faubourg Saint-Germain ha obrado con suma ligereza, dando aprobacion tan pública al proceder del Conde. Solo Dios puede calificar ciertas acciones de la vida. La falta cometida por la Condesa, reconoce su orí-

gen en el estravío, si V. quiere, Señor Duque, de un sentimiento sagrado; pero no tendrá nunca derecho á castigarla de ese modo, quien tolera en otras, cuando no adule, la frecuencia del perjurio y la ostentacion del libertinage.

GENERAL.

Bendita seas, Blanca mia!

ARTURO.

¡Qué agitacion! ¡Qué vehemencia! No parece sino que esa Señora Condesa está unida á tí por los vínculos de la sangre... Cálmate un poco.

BLANCA.

Tienes razon... perdonen ustedes... ¿Qué hora tenemos? Las nueve. Iremos al Teatro Real. Ultima representacion de los Hugonotes... No quiero perderla. ¡Dios mio, Dios mio...!

ESCENA II.

MANRIQUE.—*El* GENERAL.—*El* DUQUE.—ARTURO.

GENERAL.

Las ocho y media.

DUQUE.

Clementina no tardará en llegar.

GENERAL.

Buenas noches, sobrino.

ARTURO.

¿A dónde tan de prisa?

GENERAL.

Tengo precision de ver al ministro de la Guerra. Se ha empeñado en nombrarme Senador, y á mí no me conviene. Estoy bien en mi casa y no cambio mi independencia y mi sosiego por nada en este mundo. Ademas, no soy harina de Santander, ni trigo de Crimea, para que se me aproveche en una hornada.

ARTURO.

¿Irá V. despues al teatro?

GENERAL.

Siempre daré una vuelta por el regio Coliseo. Adios.

DUQUE.

Arturo.

ARTURO.

Duque... Manrique...

DUQUE.

Subiré un momento á tu palco.

ARTURO.

Clementina le honra esta noche con su presencia....

DUQUE.

¡Malicioso!

MANRIQUE.

Hasta luego.

ESCENA III.

ARTURO.

Soy el hombre mas feliz de la tierra! Aprovecharé el tiempo que mi mujer malgasta en su tocador, dando gracias á la Providencia por la felicidad íntima y constante que su cariño me proporciona. Sin embargo, el estado de su salud, ese maldito accidente que de vez en cuando la atormenta..! ¡Y siempre en un mismo dia y á una misma hora...! ¡Qué se ha de hacer! ¡Paciencia...! (*Tomando* La Epoca.) ¡Ola! Parece que el Gobierno de S. M. inaugurará mañana el debate...! Ya era tiempo de que el pais supiera á qué atenerse en punto á su sistema político... ¡Veremos...! ¡Veremos cómo se esplica! Allí me encontrará... el primero en la brecha. ¡Quiera Dios que mi patria no llore algun dia con lágrimas de sangre, ese empeño de rasgar banderas, que tremoladas al viento por la fé de los unos y el entusiasmo de los otros, han conservado incólume á su sombra el trono de Recaredo!

ESCENA IV.

ARTURO.—UN LACAYO.

LACAYO.

El Señor Conde de Aleisar.

ARTURO.

¡El Conde de Aleisar! No recuerdo quién pueda ser... Que pase adelante... Aleisar... ¡Aleisar!...

ESCENA V.

ARTURO.—ROBERTO.

ROBERTO.

Arturo.

ARTURO.

¡Roberto! ¿Tú en Madrid? ¿Tú, Conde?

ROBERTO.

¿Y por qué no?

ARTURO.

Tienes razon : hay tantos que lo son con menos motivo.

ROBERTO.

¡Si me habrá contagiado la enfermedad reinante!

ARTURO.

¡Flaquezas humanas!

ROBERTO.

No, Arturo : soy el mismo que era, á pesar de mis recientes blasonados pergaminos.

ARTURO.

¿De veras?

ROBERTO.

Terco en mis propósitos y firme en mis resoluciones, esta

segunda fé de bautismo, que me ha costado el dinero, como la primera, es un hueso que arrojo á la envidia de la sociedad, para que se entretenga en roerle y no se atreva al depósito que guardo aquí.

ARTURO.

¿Y qué te has hecho en tan largo tiempo?

ROBERTO.

Viajar.

ARTURO.

Nos vimos la última vez...

ROBERTO.

En Venecia. De allí pasé á Roma, Basílica del mundo cristiano, levantada sobre las glorias de una república y las ruinas de un imperio. Despues he recorrido toda la Europa; y el sol del Africa y el viento de sus desiertos, y las cataratas del Niágara y las sombras de sus bosques, me han obligado, en mas de una ocasion, á saludar con respeto las maravillas de la naturaleza.

ARTURO.

¡En todas partes la omnipotencia y la sabiduria de Dios!

ROBERTO.

¡En todas partes la consagracion de mis ideas! (*Sonrisa irónica.*)

ARTURO.

¡Roberto!

ROBERTO.

Sí; he estudiado á la humanidad en los pueblos que la civilizacion engrandece, en las tríbus de las montañas, en los aduares de los desiertos; y ese estudio me ha dado el conocimiento de que el interés personal es el único móvil de las acciones del hombre.

ARTURO.

No es ese mi parecer. La sociedad tiene sus vicios, convengo en ello: pero hay virtudes y sentimientos...

ROBERTO.

¡La amistad y el amor, la gratitud y la caridad! Eso que es noble y generoso, y que en sus delirios hermosea la imaginacion, no pasa de ser un sueño que se desvanece, ó la dorada espiga que troncha y arrastra el torbellino de la desgracia. Hasta la religion y la libertad, manantiales eternos y fecundos de los grandes hechos, solo sirven hoy dia de careta á la ambicion y á la hipocresía.

ARTURO.

Desengañado te juzgaba, pero no descreido. Quien asi se esplica, no está lejos de retirarse á un monasterio.

ROBERTO.

¡Así fueran los monasterios lo que en los diez primeros siglos de la Iglesia; un refugio abierto á la fé que vacilaba y al talento que, pobre y desnudo, aparecia! Su sagrado recogimiento tal vez...

ARTURO.

¡Males del corazon, Roberto!

ROBERTO.

¡Quién sabe!

ARTURO.

He puesto el dedo en la llaga, y tus palabras me prueban que la herida es muy honda.

ROBERTO.

¡Sí, muy honda!

ARTURO.

Cuéntamelo todo, Roberto; mi amistad...

ROBERTO.

¡La amistad! ¡Pobre Arturo! ¡Nuestra civilizacion no levanta ningun templo á la hija de la noche, vestida de blanco y coronada de mirto!

ARTURO.

Pues yo quiero saberlo.

ROBERTO.

Si es tu empeño tan grande, te referiré esa historia, que te parecerá increible; pero en ella se encierra el presente, el pasado y el porvenir de mi vida. Una muger... no te digo su nombre, porque he jurado no pronunciarle, mientras la casualidad no la arroje de nuevo en mi camino.

ARTURO.

Habla.

ROBERTO.

Tenia yo siete años, cuando nació, hija de nobles padres, una niña, hermosa como la luz y risueña como las flores. La cobré desde aquel punto tal aficion, que no habia contento para mí, sino á su lado. Ella, por el contrario, recibia siempre mis caricias con repugnancia, ó las rechazaba con indiferencia.

ARTURO.

Prosigue.

ROBERTO.

La edad de la juventud empezó á ser para mí la del desengaño, y la edad de la adolescencia fué para ella la de sus desventuras. De rica y lisongeada, quedóse pobre y desvalida; y mientras mi buena estrella daba proporciones colosales al patrimonio de mi padre, el suyo fué á purgar en los presidios de Africa su culpable negligencia. Mas no por esto sufrieron mudanza mis sentimientos: todo lo contrario. Trocada en pasion la ternura de la infancia, procuré ganarme la voluntad de aquella criatura, que, abandonada á sí propia, entraba en el laberinto del mundo por las puertas de la orfandad y la miseria.

ARTURO.

¡Aventura singular!

ROBERTO.

¡Y tanto..! Porque has de saber, Arturo, que aquella niña renunciaba al fausto y la riqueza, al mismo tiempo que, el pensamiento fijo en la curacion de su padre enfermo, imploraba de noche la caridad pública, las mas veces sin abrigo, ni calzado que la preservasen del frio y de las nieves del invierno.

ARTURO.

¡Ah! Roberto; confiésame que esa mujer simbolizaba en este mundo la virtud de la honestidad.

ROBERTO.

Virtud, Arturo, que cedió ante la obligacion filial de socorrer á un anciano moribundo. (*Sonrisa irónica.*)

ARTURO.

¿Es eso verdad?

ROBERTO.

Guardó para sí la independencia de la voluntad y la pureza del alma; pero entregó á mi desenfreno las gracias de su hermosura.

ARTURO.

¡Roberto!

ROBERTO.

Califica mi proceder como se te antoje.

ARTURO.

Continúa.

ROBERTO.

Asi lo haré. Durante un año, pasé á los ojos de su padre por el bienhechor de la familia, y los socoros que de mis propias manos recibia, fueron para él, que caminaba lentamente á su sepulcro, un testimonio de mi ardiente caridad. Ella, por el contrario, ganaba con el sudor de su frente, el pan que comia y el sayal de estameña que la abrigaba. (*Con mucho calor.*) Y cuando mis manos trémulas tocaban las suyas descarnadas por la fiebre que la consumia, y cuando mis labios procuraban volver á sus mejillas pálidas el sonrosado color de la felicidad y del cariño, aquella mujer, no era la esclava del harem comprada á un mercader armenio, ni la esposa que procura encubrir con falsas caricias la traicion que ha cometido; aquella mujer, helada como un esqueleto y muda como el sepulcro, era todo lo mas un cadáver, que yo impío y sacrílego profanaba.

ARTURO.

Lo que me refieres, Roberto, aumenta mi curiosidad. ¡Lástima es, que semejante mujer se haya visto obligada...!

ROBERTO.

Un dia se presentó muy temprano en mi casa; era la segunda vez que atravesaba sus umbrales. Al verla, me estremecí! ¡Su fisonomía me dió miedo! ¡Desencajada, los ojos arrasados de lágrimas..! *¿Qué pasa?* la pregunté; y con acento profundamente ronco y dolorido..... *Mi padre ha muerto*, me respondió: *Vengo á pedirte el dinero que sea preciso para enterrarle. Toda mi hacienda es tuya*, repliqué. Y con sonrisa amarga y en tono de punzante ironía, me dijo estas palabras... *Yo solo vengo á pedirte la limosna de unas cuantas monedas para enterrarle.* Callé, la dí el brazo y nos encaminamos juntos al aposento silencioso del anciano. Contra lo que es costumbre y á pesar de mis consejos, acompañó despues al cementerio el féretro en que iba depositado el cadáver; y terminadas que fueron allí las ceremonias de la Iglesia con las últimas plegarias del sacerdote, se hincó solemnemente de rodillas, levantó con sus propias manos aquella cabeza venerable que dormia el último sueño de la vida, y dejó sobre ella, en un largo, silencioso y apretado beso, todo un año de esclavitud, de sufrimiento y de vergüenza.

ARTURO.

Prosigue, Roberto, prosigue.

ROBERTO.

Luego cerró ella misma el féretro y se guardó la llave. En seguida abandonamos, juntos tambien, aquel solitario y misterioso rincon, morada postrera á donde al cabo depositan, en el pedazo de tierra que les dió forma, la ambicion su arrogancia, su vanidad la riqueza y la pasion sus estravíos.

ARTURO.

Te confieso que me ha conmovido la tal aventura.

ROBERTO.

La noche de ese mismo dia...

ARTURO.

Adelante...

ROBERTO.

Perdona.... pero este recuerdo es el único de toda mi vida que me martiriza, porque me humilla y confunde. Aquella noche fuí á verla: penetré en su habitacion, y no encontré á nadie.... aquella mujer habia desaparecido, dejándome sobre su mesa una carta, concebida en estos términos: "*No soy ya tu esclava: al cerrar la sepultura de mi padre, recobré mi libertad.*" Desde ese dia la busco sin descanso: esa mujer ha sido el verdugo de mis ilusiones y de mis creencias, porque ha secado en mi corazon la flor de la esperanza. Pues bien; yo quiero que esa mujer viva á mi lado y sufra conmigo, para que tenga lástima siquiera de quien arrastra una existencia, brillante en la apariencia, pero empapada realmente en la hiel del desengaño.

ARTURO.

Perdona, Roberto, si el tono severo y (*riéndose*) grave de tus últimas reflexiones ha hecho asomar á mis labios la risa y la alegria á mi semblante; pero como me han contado aquí, gentes indiscretas por supuesto, ciertos amoríos...

ROBERTO.

¿Mis relaciones tal vez con la Condesa de Hontalvilla?

ARTURO.

Justamente.

ROBERTO.

Buscaba en ella, lo que por desgracia no encontré: me cansaron sus caprichos y nos separamos: eso es todo. Pero no hablemos mas de mí.

ARTURO.

Como quieras.

ROBERTO.

¿Es cierto que te has casado?

ARTURO.

Con una mujer, modesta como una vírgen y que me ha hecho padre de una niña, hermosa como un ángel.

ROBERTO.

Dentro de algunos años se casará esa niña y otro será quien recoja el fruto de tus cuidados.

ARTURO.

Soy diputado además.

ROBERTO.

Es decir que eres dos veces padre : no te lo envidio.

ARTURO.

Me lisongea prestar alguno que otro servicio á mi pais.

ROBERTO.

El olvido, cuando menos, será la recompensa de tus merecimientos.

ARTURO.

No lo creo : la gratitud de un pueblo...

ROBERTO.

Tiene su límite.

ARTURO.

¿Cuál?

ROBERTO.

El que pone á sus deseos la envidiosa debilidad de los gobiernos y las preocupaciones de los poderosos. Los antiguos erigian una estátua, por toda recompensa, á los buenos ciudadanos; no sueñes con eso : en España las estátuas se quedan en proyecto.

ARTURO.

¿Me permitirás, Roberto, que te presente á mi mujer?

ROBERTO.

Con sumo gusto.

UN LACAYO.

La Señora Condesa de Hontalvilla.

ESCENA VI.

ROBERTO.—ARTURO.—CLEMENTINA.

CLEMENTINA.

Buenas noches... ¡Jesus! ¿V. en Madrid? (*Reparando en Roberto.*)

ROBERTO.

He llegado esta mañana.

CLEMENTINA.

¡Cuánto me alegro! ¡Siete años de ausencia! ¡Viajando siempre!

ROBERTO.

Siempre.

CLEMENTINA.

¿Y ha encontrado V. al fin aquella inteligencia privilegiada, (*sonriéndose*) aquella organizacion vigorosa, aquella voluntad de hierro...? (*Riéndose.*)

ROBERTO.

No.

CLEMENTINA.

¡Pobre Roberto!

ROBERTO.

¡Cómo ha de ser! Tendré paciencia.

ESCENA VII.

ARTURO.—CLEMENTINA.—ROBERTO.—BLANCA.—ISABEL.

BLANCA.

¡Mucho cuidado con la niña!

ISABEL.

Está bien, Señora.

ARTURO.

Mi amigo el Señor Conde de Aleisar. (*Presentando á Roberto.*)

BLANCA.

¡Ah!

ROBERTO.

¡Blanca...! ¡Blanca! (*Aparte.*)

ARTURO.

¡Qué significa esto! (*Aparte.*)

CLEMENTINA.

¡Gracias á Dios! ¡Al fin he sabido quién era! (*Aparte.*)

ROBERTO.

No estrañes mi sorpresa, querido Arturo... Hace tanto tiempo... Hemos sido muy amigos.... Ignoraba que se hubiese casado... ¡La alegria no me deja hablar!

CLEMENTINA.

¿Vamos, ó no vamos al teatro? (*Momentos de silencio.*)

ARTURO.

Te ofrezco una silla en mi palco. (*Con intencion.*)

ROBERTO.

Otra noche.

ARTURO.

Mañana doy un baile... Supongo... (*Con intencion.*)

ROBERTO.

No faltaré : te lo prometo.

CLEMENTINA.

Vamos...

ARTURO.

Condesa... (*Dando el brazo á Clementina.*)

ROBERTO.

Blanca... (*Dando el brazo á Blanca.*)

BLANCA.

¡Ay...! ¡Yo me ahogo! (*Aparte.*)
(*Desaparecen por la puerta del foro. Cae el telon.*)

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

BLANCA.—*El* DUQUE.—CLEMENTINA.

DUQUE.

¡Buena comida!

CLEMENTINA.

¡Bajilla soberbia!

BLANCA.

Regalo del General; ¡me quiere tanto...!

CLEMENTINA.

¡Como á las niñas de sus ojos!

DUQUE.

Mas todavia.

BLANCA.

Es verdad: no está contento sino á mi lado. ¡Le soy deudora de lo que vale mas que la vida, de mi felicidad!

DUQUE.

Ultimo vástago de una muy noble casa solariega de Castilla, el General es un escelente caballero, aunque algo demócrata en el fondo de su corazon.

CLEMENTINA.

Es cierto. No para mientes lo bastante en la diferencia de las clases, ni dá la importancia, que debiera, á la alteza de su orígen. Defectillo es este, que Blanca ha podido y debido corregir.

BLANCA.

¿Yo? ¿Y para que? ¡A su edad!

DUQUE.

Blanca tiene razon.

BLANCA.

Lôs viejos son como los niños : hay que mimarlos mucho para entenderse bien con ellos.

DUQUE.

Las flaquezas humanas, Clementina, se censuran, pero tambien se perdonan y con el tiempo se olvidan. El General es hombre de sano juicio y de intencion recta, y si el caso llegase, no sacrificaria diez siglos de nobleza en aras de una popularidad efímera.

BLANCA.

¡Condesa!

CLEMENTINA.

¿Nos abandona V.?

BLANCA.

¡Dueña de casa...! ¡Noche de baile!

CLEMENTINA.

¡Paso á la Reyna de la hermosura y de la moda!

BLANCA.

¡Qué buena es V., Clementina!

ESCENA II.

El DUQUE.—CLEMENTINA.

DUQUE.

¡Condesa!

CLEMENTINA.

¡Duque!

DUQUE.

¡Espléndido banquete!

CLEMENTINA.

Pecado há de silencioso y sombrío. (*Con intencion.*)

DUQUE.

Eso me ha parecido á mí tambien. Se me ha figurado leer en el semblante de Arturo, que algun dolor oculto le martirizaba el corazon.

CLEMENTINA.

¡Quién sabe!

DUQUE.

¿Por ventura...?

CLEMENTINA.

No hay efecto sin causa.

DUQUE.

¿Y qué motivo...?

CLEMENTINA.

Duque, los rayos del sol atraviesan el cristal y le iluminan, pero no le quiebran.

DUQUE.

No comprendo...

CLEMENTINA.

La mirada de la mujer es como los rayos del sol; penetra en el corazon del hombre, y allí, sin quebrantarle, vé muchas

veces lo que el pundonor oculta y la sospecha le indicaba.

DUQUE.

Condesa, ¿será que corre peligro la independencia de Arturo y la tranquilidad de Blanca?

CLEMENTINA.

Nada de eso, Duque : el diputado de la oposicion tiene cierto barniz de democracia, que se aviene mal con mis costumbres aristocráticas.

DUQUE.

Yo, menos malicioso que V., Condesa, he atribuido la tristeza de Arturo, á planes de ambicion frustrados. Su posicion en el Congreso vá siendo en estremo delicada. La elocuencia del moderno Ciceron se estrella en la mayoria, roca durísima, enclavada en el mar del presupuesto.

CLEMENTINA.

Dáme pan y llámame tonto: principio rigorosamente parlamentario.

DUQUE.

Muchas veces la necesidad de dar apoyo al Gobierno...

CLEMENTINA.

Con ese disfraz le visten la conveniencia y el provecho. Pero, no es eso, Duque. Lo mismo se acordaba Arturo, durante la comida, del filibusterismo político de esta situacion, que yo del primer chapin que me calzaron, ó de la primera declaracion de amor que me hicieron. Asunto mas serio... mas personal...

DUQUE.

¿De veras?

CLEMENTINA.

Como que ayer llegó de Paris Roberto de Moncada.

DUQUE.

¿El Conde de Aleisar?

CLEMENTINA.

El mismo. Por la noche estuvo aquí.

DUQUE.

¿Pues qué? ¿Arturo y él son amigos?

CLEMENTINA.

Parece... que... íntimos.

DUQUE.

¿Y en qué punto de la Europa civilizada fué á tropezar Arturo con la amistad del Conde?

CLEMENTINA.

En San Marcos de Venecia.

DUQUE.

Prosiga V., Clementina.

CLEMENTINA.

La pobre Blanca no sospechaba siquiera su regreso... asi es... que... cuando vió al Conde... se desmayó.

DUQUE.

¿Segun eso... ella tambien le conocia?

CLEMENTINA.

Sí, parece que son medio parientes... pero es el caso que Arturo ignoraba el parentesco.

DUQUE.

Ya...

CLEMENTINA.

Y como un desmayo es siempre ocasionado á malignas interpretaciones....

DUQUE.

Entiendo...

CLEMENTINA.

A veces las mas pequeñas causas... Un ramo de violetas, dado sin intencion... y recibido imprudentemente, fué causa del duelo entre mi marido el Conde de Hontalvilla y el Baron de Peñalcazar.

DUQUE.

Es cierto. Y ahora recuerdo haber visto en su gabinete de V. el retrato del Baroncito.

CLEMENTINA.

Como que murió en el duelo. Su retrato es el solo tributo que pagó á su memoria.

DUQUE.

Lo creo. (*Aparte.*) Condesa, su gabinete de V. es un museo. Si la memoria no me engaña, adornan sus paredes los retratos del Conde de Noviercas y del Marqués de Castralvo.

CLEMENTINA.

Soy bastante aficionada á la pintura, y todos esos retratos de que V. me habla, son obra de diferentes autores. Me gusta sobremanera la variedad de escuelas y de coloridos.

DUQUE.

Por cierto que, en esa escogidísima coleccion, no se encuentra el retrato del Conde de Hontalvilla.

CLEMENTINA.

¿El de mi esposo? Le he trasladado á la galeria de familia; ocupa allí el puesto que le corresponde, junto á sus ilustres predecesores.

DUQUE.

Uno, entre todos ellos, escita mi curiosidad, especialmente en estos momentos de desmayos repentinos y de apariciones... de familia.

CLEMENTINA.

¿Cuál?

DUQUE.

El retrato de Roberto Moncada.

CLEMENTINA.

Memoria de tiempos pasados, que se borraron de mi corazon. (*Dándole la mano que besa el Conde.*)

DUQUE.

¡Qué buena es V., Condesa!

CLEMENTINA.

Todo lo buena que puede ser quien tiene la debilidad de dar crédito á juramentos...

DUQUE.

A que nunca faltará el Duque de Monsagro.

CLEMENTINA.

¡Dios lo haga, Duque!

DUQUE.

(*Aparte.*) ¡Pobre Clementina!

CLEMENTINA.

(*Aparte.*) ¡Crédulo, como todo presuntoso!

GENERAL.

(*Dentro.*) No logrará V. convencerme.

MANRIQUE.

(*Idem.*) Yo le digo á V., que sí.

GENERAL.

(*Idem.*) Yo le repito á V., que no.

ESCENA III.

CLEMENTINA. — DUQUE. — MANRIQUE. — GENERAL. — ARTURO.

ARTURO.

Pero, tio... atienda V. á razones. ¿Quién sabe si las de Manrique...?

GENERAL.

Sobre que eso es imposible.

MANRIQUE.

Será, porque V. se empeñe en cerrar los ojos á la luz, y el entendimiento á la razon.

GENERAL.

Nada, nada, nada. No convengo con V. en semejante despropósito...

DUQUE.

¿Pero de qué se trata?

CLEMENTINA.

Sepamos al menos...

GENERAL.

Lo dicho, dicho. Nadie que tenga un mediano buen sentido, estará de acuerdo con V. Créame; una buena mesa es algo, pero no todo en el mundo. En cuanto se mata el hambre, se acaba el negocio; y cuando se tiene hambre, se comen guijarros.

MANRIQUE.

Quien asi se esplica, no come cuando come, sino que se alimenta. La buena comida, General, es una necesidad de este siglo, como lo fué del pasado la secta de los filósofos.

GENERAL.

¡Ave Maria purísima! Vaya V. con esa historia á su tia.

MANRIQUE.

No tengo tia.

GENERAL.

Pues cuéntela V. á su abuela.

MANRIQUE.

Ha muerto.

GENERAL.

Pues, entonces, refiérasela V. á quien se la quiera oir.

MANRIQUE.

A V., General.

GENERAL.

¿A mí? Eso sí que no... Mi sombrero... Adios, sobrino.

MANRIQUE.

Pero, oiga V.

DUQUE Y CLEMENTINA.

Oigámosle.

MANRIQUE.

Me esplicaré : Que el arte culinario es un arte liberal como la música y la declamacion, no se podrá negar con justicia; y mas liberal aun, porque es mas humanitario. Para convencerse de ello, General, basta con trazar su historia á grandes pinceladas.

GENERAL.

¿Qué, tambien tienen historia la sopa de rabioles y las chochas en salmí?

MANRIQUE.

¿Qué cosa no la tiene en este pícaro mundo? En tiempo de Perícles empezó á ser arte, y en los primeros siglos del imperio romano fué la cocina objeto de predileccion, entre las gentes de buen gusto y mejor paladar : con sesos de ruiseñor se regalaron mas de una vez Neron y Caracalla.

GENERAL.

¿Sesos de ruiseñor?

MANRIQUE.

Histórico.

GENERAL.

Adelante.

MANRIQUE.

La Italia del siglo IX es para los gastrónomos la época del renacimiento : la sangre del 93 no pudo ahogar en Francia la buena cocina, que se levantaba á la sombra de los Duques de Orleans y de Soubbisse; desde entonces acá no se concibe un buen diplomático, sin un mejor cocinero: los banquetes de Viena produjeron los tratados de 1815, y las guerras del Consulado la salsa á la Marengo. Entre Methernik y Vattel...

GENERAL.

Yo prefiero á Methernik.

MANRIQUE.

Yo no : los cañones rayados han hecho trizas el célebre protocolo, y la salsa vive y vivirá por los siglos de los siglos. Créame V., General; presta mas servicios á la humanidad el que inventa un plato, que el que descubre un planeta.

GENERAL.

Pues, amigo mio; de todo lo que V. ha dicho, yo saco una consecuencia.

MANRIQUE.

¿Y cuál?

GENERAL.

La de que V. le gusta comer bien y mucho; y con gula tan desarrollada, no hará V. los huesos viejos.

MANRIQUE.

¡Justamente eso es lo que deseo; no cabe mejor desenlace para la comedia de mi vida; y asi es que voy derecho al suicidio, por medio de una buena y suculenta nutricion!

DUQUE.

¡Blanca!

(Aparece Blanca : su palidez es estremada. Señoras vestidas de baile, por el fondo, en direccion á los salones.)

ESCENA IV.

BLANCA. — CLEMENTINA. — ARTURO. — *El* GENERAL.— MANRIQUE. — *El* DUQUE. — *El* MARQUES. — SEÑORAS Y CABALLEROS.

GENERAL.

¡Qué palidez! ¿Qué sientes, Blanca mia?

BLANCA.

Nada : estoy buena : mucho mejor que otros años, á esta

hora. Vengo de dar un beso á mi hija, y esto dá siempre vida al corazon de una madre.

GENERAL.

¡Qué buena eres!

BLANCA.

Arturo, ¿no has recorrido todavía los salones?

ARTURO.

Sí; acabo de hacerlo.

CLEMENTINA.

¡Gracioso prendido!

ARTURO.

¿Lo vé V.? (*Al General.*)

GENERAL.

¿Qué hora es?

ARTURO.

Las once. Todos los años se reproduce el accidente, á la misma hora y en el mismo dia. (*Al General.*)

GENERAL.

¡Quién sabe, si la agitacion del baile esta noche...!

UN CRIADO.

El Señor Conde de Aleisar. (*La palidez de Blanca vá en aumento.*)

ESCENA V.

BLANCA. — CLEMENTINA. — ARTURO. — *El* GENERAL.— MANRIQUE. — *El* DUQUE. — *El* MARQUES. — ROBERTO.— SEÑORAS Y CABALLEROS.

ROBERTO.

¡Condesa! (*Besa la mano á Clementina.*) Blanca.... Señor General.....

(*Todos los demás le saludan afectuosamente.*)

GENERAL.

Caballero...

ARTURO.

El Conde de Aleisar, mi amigo. (*Al General.*)

GENERAL.

Celebro mucho... (*A Roberto.*)

CLEMENTINA.

El Conde de Aleisar, su amigo... (*Con malicia al Duque.*) Todos los maridos cortados por el mismo patron.

DUQUE.

Clementina, un poco de caridad. (*A la Condesa.*)

ROBERTO.

Arturo, he tenido un buen rato esta noche. Durante dos horas, he estado oyendo elogiar la claridad de tu ingenio y la brillante energía de tu elocuencia.

GENERAL.

No le han hecho mas que justicia, señor Conde.

BLANCA.

Empieza el baile.

ARTURO.

Señores... (*Saludando y dirigiéndose á los salones.*)
(*Manrique va á tomar el brazo á Blanca y el General se le anticipa.*)

GENERAL.

A pesar de mis setenta años, no he perdido la costumbre de bailar con ella la primera contradanza.

BLANCA.

¡Dios mio! Qué angustia! ¡Toda la sangre se me vá agolpando al corazon...!

CLEMENTINA.

¿No viene V., Conde?

ROBERTO.

¡No bailo!

ESCENA VI.

ROBERTO.

Lo he resuelto. He sabido que Arturo está perdidamente enamorado de Blanca, y quiero ver, si retrocede su pasion ante la deshonra de esa mujer tan querida... Me han dicho que la conducta de Blanca es irreprochable, y necesito convencerme de que la sociedad la desprecia, en pago de su sacrificio, cuando admite á otras en su seno, que van dejando, por donde pasan, pedazos de su honra.... tengo en fin hambre de ver, si la virtud de Blanca es tal como la pintan, ó si es una careta tras de la cual esconde su pasada debilidad. Yo fuí quien con mayor empeño... Su conquista lisongeó mi vanidad de filósofo.... y la razon es clara. La virtud de la mujer resiste de vez en cuando á las seducciones del vicio, y al encanto misterioso del amor; pero nunca á la ley imperiosa de la miseria. Blanca sin embargo... huyó lejos de mí... ¿por qué? Lo ignoro. La casualidad ha hecho que al fin la encuentre... ¡Doy gracias á la casualidad por tamaño beneficio! O ha de vivir sujeta á mi voluntad, ó será el ludibrio de las gentes que hoy la aplauden y lisongean, fascinadas por su posicion en el mundo.

ESCENA VII.

ROBERTO.—BLANCA.

BLANCA.

¡Ah!

ROBERTO.

Blanca, no te irás sin oirme.

BLANCA.

¿Qué exige V. de mí?

ROBERTO.

La casualidad nos ha puesto, á mí, en el camino que deseaba, á tí en el momento mas solemne de tu vida. Conoces, mucho tiempo há, la tenacidad de mi carácter; y sabes, por esperiencia, que cuando quiero una cosa, ni hay obstáculos que me detengan, ni razon que me refrene.

BLANCA.

¡Lo sé!

ROBERTO.

Pues bien : un solo medio tienes de evitar la deshonra que te amenaza, y con la deshonra, la miseria y el escarnio.

BLANCA.

Decir á V. que mi conciencia está tranquila, seria mentir, y yo no he mentido, ni mentiré nunca. Si no he dicho á nadie, hasta ahora, la desventurada historia de los primeros años de mi juventud, ha sido porque no me la han preguntado, porque no han querido, sin duda, profundizar en la herida, que minaba lentamente mi existencia. Créame V.: ni la amenaza de V. me estraña, ni el escándalo me atemoriza, ni la miseria me asusta.

ROBERTO.

¿Tienes mucha fé en la caridad del mundo?

BLANCA.

No está la caridad únicamente en la mano que dá limosna al que la pide; hay caridad tambien en los ojos que lloran, en las palabras que consuelan, en el sentimiento que compadece. La sociedad, señor Conde, no es hoy lo que V. se imagina en el descreimiento de su alma : ella no podrá negar su compasion y sus lágrimas, á quien se las pida de veras, en nombre de la desgracia y arrodillada junto al sepulcro de su padre.

ROBERTO.

Blanca, la suerte te ha subido tan arriba, con el propósito sin duda de poner á prueba el temple de tu alma. Casada con un hombre jóven, que reune á la doble aristocracia de la cuna y la riqueza, la no comprada hasta ahora del talento. Tu posicion en los círculos de la Corte, es de esas á que una muger renuncia con dificultad, porque ella le conquista la lisonja que engrie y la supremacia que desvanece. Yo, sin embargo, puedo con una sola palabra hacer que se disipe esa nube de incienso que te embriaga; yo puedo echar por tierra el ídolo que el cariño de Arturo colocó sobre el altar de sus

creencias, convirtiéndole en el único objeto de su esclusiva adoracion.

BLANCA.

¿Y qué podrá V. decir?

ROBERTO.

La verdad.

BLANCA.

Y al hacer esa revelacion al mundo, ¿cuál de los dos tendria mas por qué avergonzarse?

ROBERTO.

Blanca, no irrites, con la amarga ironía de tus palabras, mi condicion áspera y desabrida.

BLANCA.

No me importa.

ROBERTO.

Aun puedes ser dichosa.

BLANCA.

Yo sé que no.

ROBERTO.

Uniendo tu suerte á mi suerte, tu porvenir al mio....

BLANCA.

Nunca.

ROBERTO.

Blanca, ¿y si mi empeño en deshonrarte á los ojos de la sociedad no tuviera otro objeto que espulsarte de ella para recogerte yo luego y hacer de tí el alma de mi alma? ¿Si todo ello no fuera en el fondo, sino la esplosion violenta de un amor verdadero y profundo...?

BLANCA.

No cabe esa pasion tan noble y tan generosa en un corazon descreido. El amor es un sentimiento que engrandece el

alma; que no medita, ni calcula; que no humilla, ni envilece á la mujer, porque es grande cuando perdona y grande cuando se venga. Quien de veras ama, señor Conde, y lo sacrifica todo á la vehemencia de su cariño, podrá llevar clavado en la felicidad pasagera que se conquista el remordimiento eterno de su estravío; pero no arrastrará nunca la vergüenza de la degradacion, como sucede siempre que ese sentimiento se convierte en una vergonzosa mercancía.

ROBERTO.

La palabra mercancía, Blanca, ha debido recordarte los primeros años de tu juventud.

BLANCA.

No podia, porque no se han borrado de mi memoria; quema su recuerdo una por una todas las horas de mi vida, y mis lágrimas no han conseguido aun apagar ese incendio que me devora lentamente.

ROBERTO.

Aun es tiempo, Blanca: huyamos de aqui. Nos iremos á donde nadie te conozca. Recorreremos juntos la Francia, la Inglaterra, el mundo entero. La Reina del Adriático nos brindará de noche con sus góndolas fugitivas sobre sus aguas misteriosas; el magestuoso Rhin nos abrirá las puertas de sus alcázares sombrios, ó los dilatados llanos de la América darán á nuestra felicidad la sombra de sus palmeras. Lejos, muy lejos de nuestra patria, no llegará á tus oidos el bullicio irónico de una sociedad que, hipócrita de virtud, arrojará pronto sobre tí el desprecio y el sarcasmo; la felicidad consiste, Blanca, en el fausto y la riqueza, en la adulacion que lisonjea, en el capricho que se sacia...

BLANCA.

Y en la tranquilidad de la conciencia. El cariño á un padre moribundo me arrastró á un abismo sin fondo; mas no por eso colocaré sobre el arrepentimiento de mi debilidad el padron repugnante del escándalo.

ROBERTO.

Mi resolucion es irrevocable.

BLANCA.

La mia tambien.

ROBERTO.

¡Blanca!

BLANCA.

Basta, Señor Conde.

ROBERTO.

Vas á encontrarte sola en el mundo.

BLANCA.

Conviene la soledad á la que vive, porque Dios hace que se vaya muriendo poco á poco.

ROBERTO.

Te espera la deshonra.

BLANCA.

La arrostraré sin murmurar. ¡Conservo sin mancha la pureza de mi corazon!

ROBERTO.

Vivirás en la miseria...

BLANCA.

No es cosa nueva para mi: he pasado todo un invierno sin abrigo y sin hogar, y he vivido pidiendo limosna de puerta en puerta.

ROBERTO.

Reflexiona, Blanca.

BLANCA.

Lo he reflexionado.

ROBERTO.

¿Mia?

BLANCA.

Nunca.

ROBERTO.

Pues que tú lo has querido, será.

BLANCA.

Sea.

ESCENA VIII.

BLANCA.—ROBERTO.—ARTURO.—CLEMENTINA.

ROBERTO.

A punto llegan Arturo y la Condesa de Hontalvilla.

BLANCA.

¡Dios me favorezca!

ARTURO.

¡El con ella!

CLEMENTINA.

Lo hubiera jurado.

ARTURO.

Los convidados, Blanca, te echan de menos; há mas de una hora que abandonaste los salones...

BLANCA.

No estoy buena...

CLEMENTINA.

Con efecto : esa palidez....

ESCENA IX.

BLANCA. — CLEMENTINA. — ROBERTO. — ARTURO.— MANRIQUE.—*El* GENERAL.—*El* DUQUE.

GENERAL.

Yo digo á V., Señor Duque, lo que siento. La sociedad de Paris, en ese lance de que habla *La Epoca*, no ha obrado cuerdamente, en mi opinion.

DUQUE.

No puedo convenir en ello.

GENERAL.

¿Conque es decir que para V. es lo mismo el cálculo, que la necesidad, el vicio, que la pasion? ¿No ha de haber diferen-

cia entre una mujer que sucumbe á la dura ley de la miseria ó al impulso del cariño, y otra que forma de los años de la vida, por su mala inclinacion, una larga cadena de galanteos y perjurios? Eso no es posible.

ROBERTO.

Admitida esa doctrina, General, la sociedad llegaria á ser muy pronto una mezcla confusa de hipocresia y libertinage. Tiene la sociedad obligaciones que cumplir y derechos que sostener. Yo sé de una dama de esta corte, que por miedo á que la escupan, ha ocultado á su marido la condicion vergonzosa en que vivió los primeros años de su vida.

BLANCA.

¡Ay!

ROBERTO.

Y sin embargo, esa dama, admitida hoy en los círculos mas aristocráticos de la corte, insulta la virtud con el lujo de sus trenes, con la frecuencia de sus festines y con la suntuosidad de sus saráos.

CLEMENTINA.

Su nombre, Conde... (*Con malicia.*)

MANRIQUE, DUQUE.

Su nombre, su nombre. (*Con algazara.*)

ROBERTO.

Contaré la historia, porque es en estremo curiosa. En una noche oscura y fria del mes de Febrero...

(*El reló dá las 12: la fisonomia de Blanca sufre una variacion completa. Sus ojos desencajados, la contraccion de sus nérvios y la vaguedad de sus miradas dan señales del estravio de su razon. Quiere llorar y no puede y prorrumpe al cabo en risas irónicas y convulsivas. Se calma poco á poco y dice.*)

GENERAL.

¡Blanca mia...! (*Acudiendo á ella.*)

BLANCA.

¡Recuerdo bien esa historia...! Era una noche oscura y fria del mes de Febrero... muy oscura... ¡muy fria! Una jó-

ven, que pocas semanas antes habia saludado la aurora de la juventud, se entraba precipitadamente en su estrecho y pobre albergue, sin un pedazo de pan que la alimentase, ni un poco de agua con que templar la sed calenturienta que la abrasaba. ¡Es una historia muy divertida! (*Riéndose.*)

GENERAL.

¡Blanca...!

ARTURO.

Déjela V. hablar.

BLANCA.

Que no se me interrumpa... Una luz incierta, como la que de noche alumbra los cementerios, cortaba á ratos la oscuridad de aquel recinto, en que, tendido sobre un jergon, respiraba con dificultad un pobre anciano. Aquel anciano, de corazon recto y de carácter apacible, sufria en silencio los dolores de una penosa enfermedad, adquirida en los presidios, á donde le llevaron sus largas desventuras. Aquel anciano, que en tiempos mas bonancibles y merced á sus riquezas, habia sido la envidia de los potentados y la providencia de los pobres, era el padre de aquella jóven, que, por toda medicina, no pudo darle en esa noche oscura y fria del mes de Febrero, sino los besos de su boca y las lágrimas de sus ojos.

GENERAL.

¡Es una inhumanidad...!

ARTURO.

Silencio.

BLANCA.

La jóven se llamaba...

GENERAL.

¡Blanca...! ¡Blanca mia...! (*Llorando sobre las manos de Blanca.*)

BLANCA.

Puras están mis manos : no han menester el bautismo de esas lágrimas. La jóven se llamaba... Eso es lo mejor de la historia y no puedo recordar su nombre. ¡Qué lástima! ¡Qué lástima! (*Riéndose.*)

GENERAL.

Bueno seria que Blanca se retirara á su aposento.

BLANCA.

Habia por entonces en Madrid un hombre... Sí... sí.... ¡como ese...! como ese... (*Señalando á Roberto.*) La jóven le ofreció el sacrificio de su felicidad, con tal de que contribuyese á prolongar la vida del anciano y él la impuso la deshonra por condicion. Sí, sí. ¡Como ese...! ¡Es el mismo! ¡Qué no me dejen sola con él...! ¡Es un insensato! Durante algun tiempo se figuró... no conocia, (*Riéndose.*) desvanecido por su comprado triunfo, que solo estrechaba en sus brazos un cadáver.

ARTURO.

¡Desgraciada!

BLANCA.

Al año justo de esclavitud tan penosa, aquella jóven cubrió de flores una humilde sepultura y desapareció... ¿Qué hace ese hombre aquí? (*Fijando la atencion en Roberto.*) ¿Qué hace ese hombre aquí? ¡Qué se vaya, que se vaya! ¡Tengo una hija! ¡Qué no lo sepa nunca! ¡Qué no lo sepa nunca! ¡Qué no rechace como impuro el beso de su madre! ¡Mi hija! ¿Dónde está? (*Corriendo por la escena.*) ¿Dónde está? ¡Ah! (*Se acerca á Arturo le reconoce: dá un grito y cae sin sentido. Arturo, el General y Manrique la levantan y la llevan á su habitacion.*)

CLEMENTINA.

Duque, no es posible permanecer mas tiempo en esta casa.

DUQUE.

Tiene V. razon.

CLEMENTINA.

Voy á contar el lance á la Condesa de Noviercas y á la Marquesita de Castralvo.... ¡Qué vergüenza! ¡Qué bochorno!

DUQUE.

Haber engañado de ese modo al pobre Arturo.

CLEMENTINA.

¿Viene V., Conde?

ROBERTO.

No.

DUQUE.

Clementina, el Conde ha prestado esta noche un gran servicio á la sociedad....

ESCENA X.

ROBERTO.

No me queda duda. El amor de Arturo no merece el nombre de pasion; ¡ yo estoy con vida, y Blanca muerta en la opinion de la sociedad! Sin embargo, ¿ vale mas que ella, la Condesa Hontalvilla ? No: media un abismo entre las dos.

ESCENA XI.

MANRIQUE.—ROBERTO.

MANRIQUE.

Señor Conde.

ROBERTO.

¿ Qué me quiere V ?

MANRIQUE.

¿ Y la Condesa ?

ROBERTO.

Refiriendo el lance en los salones.

MANRIQUE.

Voy corriendo...

ESCENA XII.

ROBERTO.

Otro que tal. ¡ En ninguno de ellos se ha dispertado el sentimiento de la amistad, ni la conciencia de la gratitud, ni

un arranque de generosidad! La han visto ultrajada y nadie ha salido á su defensa. (*Se retiran por el fondo los convidados: murmullos.*) Todos la abandonan: la sociedad huye de esta casa, como de un hediondo basurero.

ESCENA XIII.

ROBERTO.—*El* GENERAL.

GENERAL.

Una palabra, señor Conde. Mi nombre, con las señas de mi habitacion. (*Entregándole una targeta.*)

ROBERTO.

No me atrevo á creer la significacion que lleva esta targeta.

GENERAL.

La esplicaré, para que V. no se equivoque. Espero á V. mañana, á las once, en mi quinta de Aranjuez: procure V. que le acompañen dos amigos de su confianza.

ROBERTO.

Sin que esto sea rehuir de manera alguna el lance á que se me provoca, me parece oportuno, señor General, hacer á V. presente, que la diferencia de edad...

GENERAL.

Se compensa bastante con la villanía de la accion.

ROBERTO.

¡General!

GENERAL.

¡Señor Conde! Blanca no estará sola en el mundo, mientras yo viviere.

ROBERTO.

Mi destreza en las armas, la seguridad de mi brazo, el vigor de la juventud...

GENERAL.

¿Tiene V. miedo, señor Conde?

ROBERTO.

¿A qué hora?

GENERAL.

A las once en mi quinta de Aranjuez.

ROBERTO.

No faltaré.

GENERAL.

Así lo espero.

——⁂——

ACTO TERCERO.

Plaza, en un parque, cercada de árboles á la derecha, en primer término, velador de piedra y bancos de lo mismo al rededor.

ESCENA PRIMERA.

GENERAL.—RAMON.

GENERAL.

Que se obedezca fielmente lo que he mandado.

RAMON.

Bien, señor General.

GENERAL.

Mi cartera de escribir.

RAMON.

Iré á buscarla. (*Se vá.*)

GENERAL.

Ramon.

RAMON.

¿Qué manda S. É.? (*Volviendo.*)

GENERAL.

¿Cuántos criados hay en la quinta?

RAMON.

Los de costumbre.

GENERAL.

Aléjalos de aqui.

RAMON.

¿Y cómo?

GENERAL.

Un pretesto cualquiera. El tren saldrá de Aranjuez dentro de una hora. ¿Me entiendes?

RAMON.

Sí, señor: ¿y yo? ¿me quedaré al lado de V. E.?

GENERAL.

Sí. Vete.

ESCENA II.

EL GENERAL.

¡A mi edad!... ¡qué se ha de hacer! ¡Toda la sangre se me subió á la cabeza! ¡Humillarla de ese modo! ¡Pobre Blanca mia! ¡Tan cariñosa! ¡Qué hubiera sido de mí, sin ella, en mi última enfermedad! ¡Noches y noches á la cabecera de mi cama! ¡No lo olvidaré nunca!—¡Qué hombre, Dios mio, qué hombre! ¡Mirada glacial, fisonomía de piedra; sin una gota de ternura en el corazon, ni de piedad en el alma!—Y lo que dijo es verdad; no me queda la menor duda. La agitacion de Blanca, su espantoso delirio... ¡Oh...! Es fuerza penetrar en el misterio de esa vida, que va aniquilándose poco á poco, en el seno de la felicidad.—Yo la recogí en una calle de Londres; me pidió limosna en una noche cruda de invierno; la ví jóven, hermosa... me tocó Dios en el corazon... y la mendiga aterida y hambrienta, llegó á ser la única guardadora de mi hacienda y el encanto de mi soledad... En mi casa la conoció Arturo; yo tuve que luchar con la repugnancia de Blanca á un matrimonio que la proporcionaba

consideracion, respeto y bien estar futuros.—¿"No le amas"? preguntéla un dia....—*Con todo mi corazon*, me dijo.—"*Cásate pues con él*" y me dió por respuesta el llanto de sus ojos.—Mas tarde, vencida por mis ruegos... (*Pausa.*) ¿Me habrá escogido Dios para instrumento de su justicia? ¡Ojalá!—¡Pues no faltaba otra cosa! ¿No hay mas que sembrar la duda y herir en el corazon á una familia? ¡Le mataré; estoy seguro de ello! ¡Pobre Blanca! ¿Y Arturo? Si es tan insensato (*Llega el criado y coloca sobre el velador de piedra la cartera de escribir. Hecho esto se retira.*) que no recuerda, en su amargura presente, las horas de su pasada felicidad, podrá arrojar sobre Blanca la burla de los hipócritas y el escarnio de su desprecio; pero no la privará de un brazo leal que la defienda, ni de un hogar pacífico que la albergue. (*Se dirige al velador y escribe.*) Confirmo por esta carta mi testamento. ¡Todo para ella (*La cierra y se la guarda en el bolsillo.*) ¡Pues no se me han saltado las lágrimas! ¿Qué diria ese lúgubre y escéptico personage, si lo viera? ¡Como si el valor estuviese reñido con el sentimiento! Alguien viene.

ESCENA III.

El GENERAL.—MANRIQUE DE LARA.— *Un* CIRUJANO *y el* MARQUES.—*El Cirujano coloca en la mesa el botiquin, etc., etc. Manrique la caja de las pistolas.*

MANRIQUE.

¡Magnífica posesion, General!

GENERAL.

Lo necesario para que se esparza el ánimo, cuando el calor sofoca, ó el esplin aburre.

MANRIQUE.

Las estátuas del jardin son de primer órden.

GENERAL.

Obra de un escultor romano y regalo de un noble Lord, durante mi permanencia en Londres.

MANRIQUE.

Lástima es por cierto que sitio tan pintoresco esté destinado acaso á presenciar una catástrofe.

GENERAL.

¡ Dios conserve la vida, á quien asista la razon! ¿ No es así, señor Doctor?

DOCTOR.

Doloroso es que las exigencias ridículas de la sociedad...

GENERAL.

El único medio de corregir á los maldicientes.

DOCTOR.

No lo creo asi; en mi opinion, el duelo no moraliza las costumbres; al contrario, contribuye al desarrollo de los malos instintos.

GENERAL.

Podrá ser : pero lo que de niño se aprende, tarde ó nunca se olvida. Ya sabe V. mis condiciones; no quiero farsas.

MANRIQUE.

Descuide V., mi General; sé lo que se merece un nombre glorioso en los campos de batalla.

MARQUES.

El Conde no ha llegado aun : las doce.

MANRIQUE.

No tardará.

GENERAL.

Así lo creo.

MANRIQUE.

Hélo aquí.

ESCENA IV.

El GENERAL.—MANRIQUE.—*El* DOCTOR.—*El* MARQUES.—*El* DUQUE.—ROBERTO.—*Otro testigo.*

ROBERTO.

Perdone V., General, no ha sido culpa mia.

DUQUE.

Yo he tenido la culpa. Un negocio urgentísimo...

GENERAL.

Siempre llega á tiempo, quien no se niega á lo que la sociedad exige en ciertos lances de la vida. Las leyes del honor...

ROBERTO.

¡El honor! ¡El amor propio las mas veces... una preocupacion...!

GENERAL.

No estoy de acuerdo con V. Señores, pueden ustedes retirarse á conferenciar. Yo acepto de antemano las condiciones que el señor Conde establezca, en uso de su derecho.

ROBERTO.

Las que estos señores impongan en nombre de V. serán las mias. No tengo ódios que vengar y la edad tiene sus privilegios.

GENERAL.

Agradezco la buena voluntad, pero no la admito.

DUQUE.

Daremos un paseo por el parque.

MANRIQUE.

¡Hermoso dia! ¡El ambiente que se respira anuncia ya la primavera!

ESCENA V.

ROBERTO.—*El* GENERAL.

GENERAL.

Usted habrá estrañado, señor Conde, que tome yo con tanto calor la defensa de Blanca.

ROBERTO.

No tal: de buenos caballeros es socorrer á las damas.

GENERAL.

Y de malos el atropellarlas.

ROBERTO.

El dardo que V. me arroja, señor General...

GENERAL.

Va derecho al corazon.

ROBERTO.

Pero no le ha herido. V. no me conoce : no sabe V., señor General, con quien se las há.

GENERAL.

Con un hombre, temeroso de Dios por lo menos.

ROBERTO.

¡Dios...! ¡Un Ser sobrenatural...! ¡Un espíritu creador...! ¡Una esencia misteriosa! ¡Fuente de todo bien y orígen de todo mal...! (*Sonriéndose.*)

GENERAL.

¡Señor Conde!

ROBERTO.

La verdad. Perdí hace tiempo las ilusiones de la juventud, y con ellas se fueron las creencias de mi niñez. El demonio incansable y tentador de la duda se apoderó de mi espíritu. Cadáver que se mueve en medio de una sociedad hipócrita y descreida, sin amistades que me encadenen, ni afecciones que me conmuevan, las gentes que me ven sobre el trono de la riqueza me envidian asombradas; pero no procuran averiguar, si se ha levantado ese trono que las deslumbra, con las piedras de un altar, ó sobre las losas de un sepulcro.

GENERAL.

¿Segun eso, no cree V. en la amistad, señor Conde...?

ROBERTO.

La amistad, señor General, es la máscara con que se disfraza el egoismo.

GENERAL.

¡Pobre idea tiene V. de los hombres!

ROBERTO.

La que ellos se merecen.

GENERAL.

Los juzga V. con dureza.

ROBERTO.

La historia de la humanidad me dá la razon : está escrita con caractéres de fuego por la mano de la ingratitud. Para entenderse con el hombre, no hay mas que dos caminos : en los primeros momentos de conocerle se le odia; despues se le olvida.

GENERAL.

¡Me dá V. lástima! Ese descreimiento no es propio de la juventud.

ROBERTO.

¡Mi juventud! Se deslizó reflexiva, severa y meditabunda, en la soledad de mi gabinete, en el aislamiento de mi familia, lejos del bullicio de la sociedad, al resplandor de la lámpara que me alumbraba, consagrado siempre al libro que leia. Busqué con actividad febril la razon de todo lo que existe, de todo lo que sucede, de todo lo que se dá como nacido de la imaginacion y del sentimiento, y se consumió mi corazon en el fuego inestinguido de esa sed insaciable y voráz. Judío errante del espíritu indagador y analítico, he ido tras una idea, sin tropezar con ella nunca. El exámen de la sociedad en que vivo me ha espantado. La investigacion de la verdad ha sido el calvario de mi inteligencia y la duda es al fin, señor General, la religion de mi alma.

GENERAL.

¡Ah! ¡Conde, Conde! ¿Si hubiera V. consagrado esa actividad intelectual á la ambicion, á la gloria?

ROBERTO.

¿La gloria...? ¡Sueño de oro que envenena siempre la ponzoña de la envidia! ¡La ambicion! ¡La ambicion no es mas

que un vicio. Cuando no es la túnica de Nesson que abraza á quien se la cuelga de los hombros, es un sentimiento bastardo y peligroso, que abusa del poder para oprimir al pobre, que pocas veces protege al desvalido. La fé, (*Con esplosion.*) señor General, ¿dónde está la fé?

GENERAL.

¡Hay algo en el mundo que hubiera podido proporcionar á V. esa centella que hermosea, esa luz que vivifica, esa antorcha invisible que levanta el corazon y que ilumina el espíritu! Creacion de Dios para consuelo y encanto de la humanidad...

ROBERTO.

¡La mujer! Distraccion ó necesidad para el hombre; no es otra cosa la mujer.

GENERAL.

No hable V. así, por respeto siquiera á la memoria de su madre.

ROBERTO.

¡Mi madre! (*Sonriendo amargamente.*) Se murió á los pocos meses de haber nacido yo.

GENERAL.

¡Entonces...! ¡Me dá V. lástima! ¡Ni el recuerdo siquiera del cariño maternal! Para V., señor Conde, es un misterio la felicidad del paraiso.

ROBERTO.

La felicidad para mí, señor General, estaba en la fé, y yo nunca la tuve, y si la tuve la he perdido. Blanca me entregó su cuerpo y me negó su alma. Ella hubiera podido... no quiso... me abandonó. ¿Hizo mal? ¿Hizo bien? No lo sé. (*Sonriendo con ironia.*)

GENERAL.

¿Es verdad lo que V. ha dicho?

ROBERTO.

No he mentido nunca.

GENERAL.

Otra mujer acaso... No pierda V. la esperanza: la espe-

ranza es la última estrella de la vida y solo se apaga en la oscuridad del sepulcro.

ROBERTO.

Se ha estinguido ya en la sepultura de mi corazon.

GENERAL.

Sí es asi, ¿por qué ha venido V. á derramar la amargura en el seno de una familia honrada y feliz?

ROBERTO.

¿Por qué?

GENERAL.

¿Le parece á V. digno, le parece á V. noble y generoso....?

ROBERTO.

Me parece justo.

GENERAL.

El resentimiento solo ha puesto en boca de V. tamaño sacrilegio; sacrilegio, sí, cuando se concede algo á los sentimientos generosos del corazon; y se trata de una mujer. Créame V., señor Conde; esplique V. su conducta de anoche; retráctese V. de lo que ha dicho; rehabilite V. el buen nombre de Blanca, y encontrará V. el galardon en la tranquilidad de su conciencia. ¿Qué gana V. en que su marido la abandone, en que la sociedad la califique de advenediza y embaucadora? La mordacidad de las gentes se cebará tambien en V.; en V. que sacrifica á una venganza pueril, todo lo que hay de mas santo sobre la tierra; la honra de una familia. Siga V. mis consejos. Con esta condicion ofrezco á V. mi mano, honrada siempre y nunca desleal.

ROBERTO.

Inútil es en esta ocasion el sacrificio de mi resentimiento. He herido de muerte la reputacion de Blanca; y dado caso de que su marido admitiera, como sinceras, mis esplicaciones, no por eso olvidaria este doloroso incidente de su vida. Gusano que corroe, vampiro de nueva especie que se alimenta de la confianza y del reposo, la duda estará siempre clavada en su

corazon. Y en cuanto á la sociedad que recibe en su seno á Clementina, porque tiene rentas que sobran á sus caprichos y lleva un título que la engrandece; la sociedad que no se encierra en sí misma, huyendo del escándalo y de la degradacion que la acompañan, esa sociedad sacará fuerzas de su debilidad y de su hipocresia y rechazará á Blanca, porque no es hipócrita y es débil y porque no tiene un puñado de monedas de oro que arrojar á los parásitos, ni un título aristocrático que presentar á los estúpidos.

GENERAL.

Pues bien: esas mismas consideraciones...

ROBERTO.

En cuanto á nosotros... nuestra situacion es mas despejada, pero mas aflictiva y dolorosa para V., que cree en los sentimientos honrados de la sociedad. Las gentes en este duelo verán únicamente la obstinacion de un anciano, que quiere imponer á la sociedad una mujer de humilde orígen y de moralidad dudosa. Si V. me mata, mi muerte dará lugar á rumores, infundados sin duda, de relaciones antiguas y secretas entre V. y Blanca, porque la sociedad, en el lodo de su abyeccion, no esplica el que un hombre tome, á los setenta años, la defensa de una mujer por el convencimiento de su inocencia, ó de su debilidad, si no impulsado por una pasion violenta y hondamente reconcentrada. Y si yo le mato á V., la sociedad me recibirá con palmas y saludará en mí al vengador de los agravios hechos á la fidelidad que ella no guarda nunca, á la amistad que ella menosprecia siempre; á ese conjunto, en fin, de virtudes y sentimientos que constituyen la moralidad de un pueblo, y que ella, aunque de público enaltece, en secreto rechaza y aniquila, como perjudicial á su comodidad y á su provecho.

GENERAL.

A pesar de eso, señor conde, en la conciencia de las gentes honradas se me hará justicia.

ROBERTO.

Su grito se ahogará en el clamoreo confuso de una sociedad que persigue al ladron pobre, porque se aprovecha de las sombras de la noche, y adula y festeja al ladron rico, porque

ilumina esa oscuridad con las antorchas de su opulencia. (*Aparecen los padrinos.*)

GENERAL.

Ya era tiempo: media hora mas de conversacion con este hombre y me vuelvo loco.

ESCENA VI.

El GENERAL.—ROBERTO.—MANRIQUE.—*El* MEDICO.—*El* DUQUE.—*El* MARQUES.—*El* OTRO TESTIGO.

MANRIQUE.

Están arregladas las condiciones: á diez pasos de distancia. A la primera palmada, se colocarán ustedes en el sitio que les corresponda; á la segunda, apuntarán y á la voz de "fuego..."

ROBERTO.

Muy bien.

GENERAL.

Entendido.

DUQUE.

¿Cargaremos las pistolas, eh?

MANRIQUE.

Como V. guste, señor Duque. (*Cargan las pistolas.*)

ROBERTO.

¿Sabe V., General, que tiene V. en esta casa de campo una posesion magnífica?

GENERAL.

Lo que basta á mi recreo y al de unos cuantos pollos de mi tiempo, que pasan conmigo en ella la estacion de los calores. Blanca ha sido, durante algunos años, la diosa de esas solitarias alamedas.

ROBERTO.

Si pudiera tener la fé en algo, la tendria en la sinceridad de ese cariño que profesa V. á Blanca.

GENERAL.

Una palabra; señor Conde... (*Manrique mide el terreno.*)

DUQUE.

Escoja V.

GENERAL.

Cualquiera. (*Toma una de las pistolas. Roberto la otra.*)

DUQUE.

Señor Conde. (*Coloca á Roberto en primer término.*)

MANRIQUE.

General... (*Le coloca en el fondo.*)

DUQUE.

Atencion á la señal. (*Los padrinos se ponen á los lados: Manrique dá una palmada, despues otra, luego la voz de «Fuego.»—Disparan.*)

MANRIQUE.

Fuego. (Roberto *ha recibido la bala en el pecho: vacila: los padrinos y el General acuden á su socorro: Roberto se repone y dice* «no es nada.» *Despues tose, se lleva el pañuelo á la boca y al ver en él algunas manchas de sangre, esclama.* ¡Ah! Sí, *etc.*)

ROBERTO.

Nada, no es nada... ¡Ah...! Sí... parece que es algo. (*Le reconoce el Cirujano.*) ¿Qué dice V., Doctor...? No importa... La verdad... He vivido muchos años en la intranquilidad de la duda. Necesito descansar.

DOCTOR.

La herida es mortal.

ROBERTO.

¿Cuántas horas me quedan de vida?

DOCTOR.

Tres horas á lo sumo.

ROBERTO.

En ese caso... no hay tiempo que perder... (*Sonriéndose.*) Retírense ustedes á un lado.

DOCTOR.

Pero...

ROBERTO.

Es el ruego de un moribundo... (*Todos se retiran á una conveniente distancia. Roberto se sienta junto al velador de piedra.*) ¡Tres horas de vida! La muerte es un sueño eterno, el descanso del cuerpo. ¿Y el espíritu...? ¿Será dormir para dispertar en el tribunal de Dios? ¿Blanca? ¡Blanca...! Que pase el resto de sus dias hundida en el lodazal de la miseria y del escarnio público, asi como yo he visto correr los años mejores de mi juventud en el desierto de la soledad y en el abismo de la duda: ella sola pudo encender en mi corazon la centella de la fé...! (*Pausa.*) El Doctor tiene razon; la herida es mortal. (*Tose y se sienta á escribir.*) Escribiré unos cuantos renglones... El postrer gemido de un alma descreida; la última voluntad de un hombre, que duda y espera que el espíritu no sobreviva á la materia y se disipe, como el humo, en el espacio. ¿Habrá una providencia? Dicen (*Cierra la carta. Se levanta.*) que á la hora de la muerte.... no puedo contener la risa... Mañana este duelo dará ocasion á acaloradas disputas; cada cual dirá lo que mas le convenga y ninguno se tomará el trabajo de inquirir su verdadera causa. ¡Qué de alabanzas á mí, por haber salido á la defensa de la sociedad escarnecida, (*Riéndose.*) de la buena fé engañada! Y sin embargo, esta carta es el reflejo de mi corazon. ¡Pobre humanidad! La civilizacion la pervierte, no la perfecciona. (*Pausa.*) ¡Cosa mas estraña! A medida que me faltan las fuerzas, como que se esclarece mas mi entendimiento, y siento aquí... no sé qué... ¡Esta inquietud... esta punzante zozobra...! ¿Será el remordimiento? ¿Será verdad que tarde ó temprano la conciencia acusa y el remordimiento ahoga? Los recuerdos de mi vida, como cadáveres hediondos que salen de sus sepulcros, se agitan en el cementerio de mi memoria. Un sudor frio cubre mi frente.... Tengo miedo de estar solo y no quisiera que nadie se acerca-

se á mí... En este rincon... A la sombra de este grupo de árboles... Calla, calla... (*Dándose en el pecho.*) no me quites la serenidad, que el mundo bendecirá mi memoria.... (*Se van acercando el Conde, el General, Manrique, etc., etc.*) Me ahogo... no puedo mas... (*Cae.*) ¡Dios...! ¡Dios...! ¡Ah! ¡Pobre de mí!

MANRIQUE.

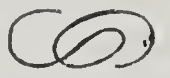
¿Ha muerto?

EL DOCTOR.

Ha muerto.

GENERAL.

Para Blanca. (*Leyendo el sobre de la carta que ha escrito Roberto.*)



ACTO CUARTO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

ARTURO.

¿Qué habrá sucedido? El haberse adelantado el General á mi proyecto, es cosa que me mortifica en sumo grado. ¡Cuánto tarda Fulgencio! Hace mas de una hora que se marchó y le encargué mucho que volviera al instante! ¡Dios mio! ¡Yo necesito la sangre de ese hombre, que ha venido á robarme la felicidad..! ¡Haberme engañado Blanca de ese modo...! Se lo perdono. ¡Harta desgracia tiene con volver á la humilde condicion de que nunca debió salir! Sueños de amor y de ventura ¿qué os habeis hecho? ¿Adónde habeis huido..? Isabel..

ESCENA II.

ISABEL.—ARTURO.

ARTURO.

¿Y Blanca?

ISABEL.

Se ha levantado ya.

ARTURO.

¿Por qué se lo has permitido? La situacion en que se encuentra... su constitucion delicada...

ISABEL.

Han sido inútiles mis consejos y mis súplicas.

ARTURO.

¡Habrá padecido mucho!

ISABEL.

¡Mucho! ¡Daba lástima verla! ¡Compasion el oirla! El acceso de anoche ha sido mas violento, que el del año anterior.

ARTURO.

Cuéntame, Isabel. ¿Se ha tranquilizado ya? Nada me ocultes; se interesa en ello su bienestar.

ISABEL.

Ha pasado toda la noche en un delirio espantoso. ¡Las manos crispadas...! ¡La mirada incierta, distraida...! Esa mirada de los locos, que no se fija en ningun punto, pero que aterra y conmueve al mismo tiempo! ¡Daba de vez en cuando terribles alaridos y caian de sus ojos gruesas gotas de llanto..!

ARTURO.

Prosigue.

ISABEL.

Cuando la contraccion cedia, los fijaba con veneracion profunda en la estampa de aquella Vírjen de los Dolores, que ella misma puso en un cuadro el dia de su matrimonio. ¡Pobre señora!

ARTURO.

¿Ha hablado?

ISABEL.

Sí, señor; frases sueltas, sin hilacion, ni sentido. "*¡Perdó-»name, Dios mio! ¡Tú conoces la pureza de mi intencion, y lo in-»menso de mi sacrificio! Que me aborrezca, que me abandone; »pero que no me desprecie.*"

ARTURO.

¡Pobre Blanca! (*Aparte.*) ¡Aborrecerla, nunca! ¡La amo con todo mi corazon!

ISABEL.

Asi ha pasado la noche y parte de la mañana. Se ha levantado hace poco... ¡Me parece, señor, que su razon...! (*Llorando.*)

ARTURO.

No llores, Isabel.

ISABEL.

¡Es tan buena para los criados...! ¡Tan caritativa con los pobres...!

ARTURO.

Sí, ya lo sé.

ISABEL.

¡Le quiere á V. tanto!

ARTURO.

Bien, bien.

ISABEL.

Si se vuelve loca, ¡qué desgracia para todos!

ARTURO.

Vete. Si pregunta por mí, respóndele la verdad; que estoy aquí.

ESCENA III.

ARTURO.—FULGENCIO.

ARTURO.

¡Gracias á Dios! ¿Y el General?

FULGENCIO.

Aun no ha vuelto de su casa de campo. Salió de Madrid á

las ocho de la mañana. Van con él, segun me ha dicho su mayordomo, el señor de Manrique y otros dos caballeros.

ARTURO.

¡Ha salido á su defensa! ¡Lo hubiera jurado! ¡Paciencia...! Déjame solo.

ESCENA IV.

ARTURO.

La veré; hablaré con ella. El resultado de nuestra entrevista... Ella se acerca. ¡Cuidado, Arturo! No te olvides de los miramientos que se deben guardar á la desgracia, ni de las consideraciones, que se merece, la que es madre de tu hija y lleva legítimamente tu nombre.

ESCENA V.

ARTURO.—BLANCA, *que se arrodilla, deshecha en lágrimas á los pies de* Arturo.

ARTURO.

¿A qué vienen esas lágrimas? Levántate; porque no has de conseguir que varíe de propósito. He tomado ya mi resolucion....

BLANCA.

Que llevarás á cabo, porque yo no he venido á contrariar tus proyectos. La sospecha sola de que tal pudiera ser mi intento, me ruboriza, aun mas, que el recuerdo de mi estravío. Sé callar y sé sufrir. No he retrocedido nunca ante ningun sacrificio, y hay aquí dentro un sentimiento de dignidad tan hondamente arraigado, que no consiente logre yo por malas artes, lo que de buena voluntad no se me conceda.

ARTURO.

Entonces, Blanca....

BLANCA.

Esas lágrimas que han caido sobre tus manos, subieron hasta mis ojos desde el fondo de mi corazon; pero no han

venido, solitarias y abrasadoras, á reconquistar la posicion que yo he perdido, sino á dar el último "adios," en la soledad de este gabinete, al hombre que depositó en mí su honra, para que se la guardára, su nombre, para que en ningun tiempo le entregase al escarnio de la sociedad.

ARTURO.

Sin embargo, Blanca; ese nombre es hoy la fábula de Madrid; esa honra anda en lenguas de los maldicientes. ..

BLANCA.

La historia de mi vida.....

ARTURO.

La sé toda.... ¡toda! Roberto me la ha referido, y yo, cuando se la oia, los ojos preñados de lágrimas, no sospechaba siquiera, que con ellas me despedia de la felicidad, junto al sepulcro de mi decoro.

BLANCA.

Pues bien; todo lo que ha dicho Roberto, es verdad. Estraviada mi razon, me arrastraron el cariño á mi padre y la inesperiencia al olvido de la virtud; pero no bien cesaron los acentos lúgubres y religiosos del sacerdote, que allanaban á mi padre el camino de la felicidad eterna, fuí precipitadamente á buscar en la miseria y el trabajo la espiacion de mi funesta debilidad.

ARTURO.

¿Y por qué, cuando lleno de ternura y de amor y halagado por la esperanza de un porvenir tranquilo, te ofrecí mi nombre y con él una posicion brillante en el mundo, por qué no me revelaste...?

BLANCA.

¡Habia sufrido mucho y era la vez primera que se despertaba mi corazon al grito de ese sentimiento santo que todo lo hermosea! ¡Te queria demasiado para renunciar á dicha tan inesperada!

ARTURO.

Yo podria responder á las lenguas que te ultrajan: "*Blanca no me ha engañado: yo lo sabia...*" y no que ahora...

BLANCA.

¿Qué? Habla....

ARTURO.

Blanca, hay momentos en la vida, para los que se necesita una fé profunda y un valor estraordinario. Las leyes del decoro son muy duras. La mútua confianza es y ha sido siempre la base mas sólida de la tranquilidad de una familia. Cuando esa confianza desaparece... Blanca, me cuesta mucho decírtelo... ¡Te amo con todo mi corazon...! Pero, de hoy en adelante, no podemos vivir bajo un mismo techo.

BLANCA.

¡Arturo! ¿Qué has dicho, Arturo?

ARTURO.

Que ya no podemos vivir bajo un mismo techo.

BLANCA.

¡Es decir que esta no es mi casa! ¡Qué me arrojas... ignominiosamente de la tuya!

ARTURO.

Blanca, me duele en el alma la pena que te he causado.

BLANCA.

¿Con qué derecho interpreta V. de ese modo la espresion de mis sentimientos?

ARTURO.

Yo creia...

BLANCA.

¡Y yo esperaba mas consideraciones á la mujer desgraciada, mas cariño á la esposa que ha labrado tu felicidad durante siete años de matrimonio, mas respeto á la madre de tu hija!

ARTURO.

¡Ninguna queja tengo de la mujer, ninguna de la esposa, ninguna de la madre!

BLANCA.

Eso me basta.

ARTURO.

¡Blanca...!

BLANCA.

Ni una palabra mas... ¡Ni una!

ARTURO.

¿A dónde vas?

BLANCA.

Al cuarto de mi hija.

ARTURO.

Es que...

BLANCA.

Ya sé que no puedo llevármela.

ARTURO.

Entonces...

BLANCA.

¡Voy á grabar en su frente, con un beso de despedida, la bendicion de su madre!

ARTURO.

Evita, Blanca, momento tan doloroso...

BLANCA.

¡No hay dolor para una madre, cuando se trata de dar un beso á su hija!

ARTURO.

¡Blanca....!

BLANCA.

Silencio.

ESCENA VI.

ARTURO.

¡Ah! ¡Se me parte el corazon! ¡Yo procuraré aliviar su des-

gracia; pero no me siento con fuerzas para arrostrar las burlas de los maldicientes! ¡Vicios y preocupaciones! Hé aquí nuestro siglo! ¡Esa infeliz vale mas en el fondo de su alma! ¡La debilidad en los pobres constituye el vicio! ¡Al vicio, en las clases acomodadas, se le bautiza con el nombre de pasion! ¡Qué sociedad...! ¿Y por qué no he de dar yo el ejemplo? ¿Quién me quita á mí el derecho de combatir ese sistema, de arrancar esa mala semilla sembrada á la sombra de una criminal indulgencia?

ESCENA VII.

ARTURO; *poco despues* CLEMENTINA.

FULGENCIO.

(*Dentro.*) Los Señores no reciben esta noche.

CLEMENTINA.

(*Idem.*)Esa orden no habla conmigo : déjame.

ARTURO.

La Condesa.... ¡Paciencia!

CLEMENTINA.

(*Entrando.*) Arturo.

ARTURO.

Condesa....

CLEMENTINA.

Perdone V. si he quebrantado sus órdenes ; pero el interés que V. me inspira, el que me inspira el General....

ARTURO.

Mil gracias, amiga mia.

CLEMENTINA.

¿Se sabe del General? Me han dicho....

ARTURO.

No he salido de casa en todo el dia y por consiguiente ignoro....

CLEMENTINA.

¡Calaverada como ella! ¡A los setenta años!

ARTURO.

¡Clementina!

CLEMENTINA.

Y la culpa es de ustedes dos.... ¡Si no podian ser otras las consecuencias de un casamiento tan desigual...!

ARTURO.

Ruego á V., Condesa....

CLEMENTINA.

La sociedad es indulgente y perdona los estravíos de una pasion; pero es inexorable, cuando sospecha ó conoce que el cálculo y el interés, bajo la noble forma del sacrificio....

ARTURO.

Repare V., Condesa, que esas palabras ofenden á Blanca; recuerde V. que Blanca lleva mi nombre, y que ha sido siempre.... una escelente madre y una esposa ejemplar, por su recogimiento y su virtud.

CLEMENTINA.

No trato yo de poner en duda....

FULGENCIO.

(*Anunciando.*) El señor General.

ESCENA VIII.

ARTURO.—CLEMENTINA.—MANRIQUE.—*El* DUQUE.—*El* MARQUES.—*El* MEDICO.—*El* GENERAL.—*El* Duque, Manrique *y el* Marqués *se dirigen á donde está* Clementina: *el* General *y el* Médico *á donde se encuentra* Arturo.

ARTURO.

¡Querido tio...! ¿Y Roberto?

MANRIQUE.

Ha muerto como un valiente. (*A Clementina.*)

CLEMENTINA.

¿Y es eso cierto, Manrique?

GENERAL.

La razon que me asistia guió sin duda (*A Arturo.*) la bala de mi pistola. ¡Perdónele Dios sus errores, como yo le he perdonado ya el mal que nos ha hecho! ¿Y Blanca?

ARTURO.

En su habitacion....

GENERAL.

¿Y por qué no al lado tuyo?

ARTURO.

¡ Nos hemos despedido ya : y para siempre !

GENERAL.

Arturo.... ¿qué quiere decir eso? Habla....

MANRIQUE.

¡Blanca! (*Aparece esta modestamente vestida de calle y sin mas abrigo que un pañuelo de lana.*)

ESCENA IX.

ARTURO.— CLEMENTINA.—*El* DUQUE.—MANRIQUE.—*El* MARQUES.—*El* GENERAL.—*El* MEDICO.—BLANCA.

BLANCA.

¡Clementina...! amiga mia.... (*La Condesa responde á las palabras cariñosas de Blanca con un saludo ceremonioso y un tanto despreciativo.*) Manrique... (*Este vá á dirijirse á Blanca, pero le detiene la Condesa.*) ¡El Duque! ¡El General...! no me atrevo á mirarle.

GENERAL.

El Conde de Aleisar, que ha muerto, me ha entregado esta carta para tí. (*Le entrega la carta y se retira.*) En cuanto á lo que aquí sucede, yo sé lo que debo hacer.

(Mientras lee Blanca, la carta de Roberto, los otros personajes están colocados del siguiente modo : Arturo y el Médico á la izquierda junto á la chimenea ; el Duque, Manrique y Clementina en segundo término, hablando entre si, á la derecha : el General, en primer término; Blanca en medio del escenario.)

BLANCA.

(*Leyendo.*) "Blanca; estoy herido mortalmente; pero llevo »al sepulcro toda la violencia de un amor, que ha sido la »fatalidad de tu vida y el tormento de la mia. ¡Al fin voy á »descansar! ¡Ya era tiempo! Entre mis papeles se encontra»rá mi testamento. Por él te nombro única heredera de mis »bienes, *á no ser que tu voluntad les dé un destino mas ele»vado y piadoso.* Blanca; nadie puede borrar de la memoria lo »que ha sido; las penas del alma no tienen otro alivio, que la »embriaguez de los placeres, y el culto de la lisonja que tri»buta la sociedad moderna al Dios de las riquezas. Arrójate »en medio de ella con la magnificencia de los Príncipes, y se »hablará de tu pasado con respeto, con alabanza de tu pre»sente, de tu porvenir con envidia. Adios. ¿Qué es la vida? »¿Qué será la muerte? ¿Qué el espíritu y la materia? ¿Cuál »es la verdad? ¡Voy á saberlo al fin! Ya era tiempo. ¡Ro»berto de Moncada, Conde de Aleisar."

¡Unica heredera de sus bienes! (*Con alegria.*) ¡Respeto á mi pasado, alabanza á mi presente, envidia á mi porvenir! ¡Tiene razon. ¡El trabajo es la miseria y la miseria es la limosna! ¡He implorado mas de una vez la caridad pública...! ¡Unica heredera de sus bienes! ¡Arturo me ha echado de su casa! ¡Yo puedo deslumbrarle con la magnificencia de los Príncipes! ¡Y mi hija! ¡Mi hija! ¡Qué hermosa es! ¿Se atreverá á decir cuando la pregunten por su madre.... aquella es, aquella? ¡La herencia de ese hombre arranca á mi vida la santidad de la desgracia...! ¡Mi hija no pisaria nunca sin ruburizarse las ricas alfombras de tan vergonzoso comercio; pero entrará siempre con la frente serena y la sonrisa en los labios y la alegria en los ojos, en el humilde rincon del arrepentimiento y la pobre-

za. Ella en la (*Acercándose al velador, el semblante risueño y la mirada radiante de alegria*) hora postrera de mi vida, rociaría mi semblante con el bautismo de sus lágrimas inocentes y puras, y la herencia de mis harapos seria la respuesta mas elocuente y religiosa que pudiera yo dar á la hipocresia de la sociedad! ¡Mi hija! ¡Mi hija! ¡Qué hermosa es! (*Toma la pluma y escribe unas cuantas palabras en la carta de Roberto.*)

MANRIQUE.

¡Eso no es posible! (*Al Duque.*)

DUQUE.

Se ha dicho, sin embargo, y con algun fundamento.

MANRIQUE.

La lealtad del General le pone á cubierto de tan indigna acusacion. Un hombre á su edad....

CLEMENTINA.

A esa edad justamente son hipócritas las pasiones. No fué Arturo, sino el General, quien se obstinó en casarle con Blanca.

ARTURO.

¿Qué habrá escrito? (*Blanca se levanta y se aleja del velador.*)

BLANCA.

¡Cúmplase la voluntad de Dios!

CLEMENTINA.

Se marcha. (*Al Duque y á Manrique.*)

MANRIQUE.

¡Pobre Blanca!

BLANCA.

¡Aqui he brillado como Reina!

CLEMENTINA.

¿Adónde vá V? (*A Manrique.*)

MANRIQUE.

¿Quiere V. que se vaya sola? Abajo estará ya mi coche y voy....

BLANCA.

Adios, Arturo. Ni uno entre tantos me ofrece su brazo.... ¡Cómo ha de ser!

MANRIQUE.

Yo no puedo permitir....

CLEMENTINA.

¿Pero no sabe V...? (*Deteniendo á Manrique, el cual va á ofrecer su brazo á Blanca.*)

MANRIQUE.

Yo sé, Condesa, que Blanca es muy desgraciada y que no merece serlo, y sé tambien que (*Llorando.*) estoy como si me arrancaran un pedazo del corazon. Blanca.... (*Ofreciéndole el brazo.*)

BLANCA.

¡Gracias, Manrique, gracias! (*Toma el brazo de Manrique y se dirigen á la puerta del foro.*)

ARTURO.

(*Recorre rápidamente la carta de Roberto y lee en alta voz las palabras escritas por Blanca.*) "El Conde de Aleisar lega todos sus bienes »á los establecimientos de beneficencia. Blanca Portocarrero." (*En este momento llega Blanca á la puerta: se detiene; sus miradas se encuentran con las de Arturo, y se abrazan.*)

CLEMENTINA.

¡Todos sus bienes para los establecimientos de beneficencia! (*Al Duque y al Marqués.*)

DUQUE.

¡Qué pérdida para la sociedad!

CLEMENTINA.

¡Un hombre tan bueno, tan caritativo!

DUQUE.

¡La providencia de los pobres!

ARTURO.

¡Siempre á mi lado, Blanca mia!

BLANCA.

¡Siempre!

GENERAL.

¡Bien, sobrino, bien! A las preocupaciones, como al enemigo en el campo de batalla; de frente. Venga esa mano, Manrique: esta es la de un viejo muy honrado. Creáme V.

ARTURO.

Mañana comeremos juntos.

MANRIQUE.

Acepto, y por ustedes, mañana haré caso omiso del Nuncio de su Santidad.

GENERAL.

Olvidemos lo pasado, y óigase de nuevo en esta casa la algazara del festin y la música del baile.

BLANCA.

No tan aprisa, señor General: entreguemos primero su herencia á los pobres, que despues, el aislamiento y la caridad echarán al fin el velo generoso del olvido sobre el único estravío de mi juventud.

FIN DEL DRAMA.